

JIM MURRAY

FBI

Land

Arreglo
de CUENTAS



JIM MURRAY

ARREGLO *de* CUENTAS



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1959
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

DEPÓSITO LEGAL. M. 430.—1959

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

I



ODO empezó por una simple discusión, y llegar a tiempo a una barcaza. Los niños apenas contaron en el drama.

—Te digo que las motoras para Bedloe's salen del Pier A, y no del muelle número uno.

Eran las nueve menos cuarto de la mañana de un primero de mayo.

Rock Disney miró el reloj, los labios fruncidos de su novia y el solitario «dock» por donde paseaban. Sacudió la cabeza con energía, y tomando del brazo a la rubia se la llevó en dirección a Battery Park.

—Vas a convencerte de lo contrario, nena —dijo—. Lo que pasa

es que hoy es la Exaltación del Trabajo, y los marinos lo celebran ganduleando.

—¡Qué terco eres! El hecho de ser policía no te da patente de infalible —replicó Belle Seward—. Y a ver si te fijas dónde pisas: ¡estrené medias y mira cómo me las has puesto!

Rock acababa de reventar un charco, inadvertidamente, y las salpicaduras llenaron de tormenta los ojos femeninos. ¡Dos límpidas turquesas se habían empañado!

Una gabarra, cuyos tripulantes «sí» trabajaban, lanzó un rugido al llegar a la desembocadura del Hudson. Las gaviotas que estaban posadas sobre una barandilla, a modo de elemento decorativo, emprendieron un vuelo repleto de graznidos.

Los dos jóvenes destacaban en plan solitario y entre una multitud.

Ella, tan alta como él, debido a los tacones inverosímiles, lucía una catarata de cabellos en desplome hasta los hombros. Se cimbreaba al avanzar, mostrando una figura hecha de plenitudes y estrecheces, y aunque la boca de su falda era más exigua que la de los pantalones de Rock, andaba maravillosamente. Daba impresión de brío y de fragilidad a la vez.

Disney era sólo masa; músculos restallando bajo la sencillez de un traje de sarga azul. Cuadrado de la cabeza a los talones, no había en su atuendo un detalle de elegancia.

Si Belle parecía un figurín en movimiento, él representaba algo amazacotado, primario, y estudiadamente vulgar.

Moreno, con el pelo cortado a cepillo, tenía recia mandíbula de «bulldog», de pugilista o, —por compararlo a Bebe— de «modelo» para fabricar rompehielos. Su quijada era una proa voluntariosa, ariete a punto de abatir murallas o garra de excavadora.

La pareja recordaba una gacela y un bisonte, caminando en plan bípedo por obra y gracia de Dios.

¡«Ésta sí que es buena, pues tenía razón»!, pensó Rock, al desembocar en la punta florida, de Manhattan.

No necesitó ver, siquiera, la barcaza que los conduciría hasta la isla Bedloe's.

Un matrimonio, llevando consigo una ristra de niños, corría en dirección al muellecito de Pier A, del lado del Hudson. El más

pequeño de los chicos sostenía un molinillo de papel que giraba a efectos de la brisa marina.

Rock estaba a punto de confesar su error, paladinamente, cuando; la voz sarcástica de la rubia lo recluyó en el mutismo, convirtiéndole en ostra ceñuda.

—¿Lo estás viendo? A diferencia de mi hermano, eres un ser abstraído, distraído y engreído. Si no es por mí, hubiésemos perdido la motora. ¡No era cosa de aguardar a la próxima!

El federal no contestó. Empezaba a renegar de un día que amaneció espléndido.

Tomando su silencio por aquiescencia, *miss* Seward remachó el clavo con la práctica y habilidad de mi cerrajero:

—¡Claro! ¡Tú qué sabes de diversiones! ¡Apuesto a que ignorabais hasta ayer que existiese la estatua de la Libertad!

La enormidad de tal afirmación era mayor que el monumento que iban a visitar. Rock, que solía contar hasta diez antes de estallar, contó más de ochenta en aquel trance.

Hubiera continuado silencioso, pero el cobrador de la barcaza quiso cobrarles un dólar y cuarenta centavos por el viaje a Bedloe's;

en tanto que los cuatro rapaces pagaron la mitad, y bullían como condenados[1].

—Uno nada más, para la señorita —explicó Rock—. Yo soy de la Policía.

—¿Quiere enseñarme su documentación, caballero? Dispense: ¡ya veo que no quiere!

El de la gorra de plato se alejó, a toda prisa, en busca de un grupo de esquimales.

Había visto un rojo destello en las pupilas del coloso, al que los angelitos estaban poniendo a punto de ebullición.

Realmente, no se amilanó en el cumplimiento del deber: una mirada así sólo podía lanzarla un polizone, ya trabajase a las órdenes de la Metropolitana o del F. B. I.

La motora desatraco, y fue inútil que Belle hiciese alegres comentarios para sacar a Rock de su hermetismo.

El joven atleta —todo músculo y células pensantes— parecía abismado en clasificar, visualmente, los diversos aceites que llevaba

el Hudson aguas abajo.

No alzó la cabeza ni una vez; hasta que, después de varios minutos de travesía, la nave arribó al embarcadero isleño.

Docena y media de madrugadores se lanzaron por la gran avenida sin vehículos, hacia la estrella de piedra que, a modo de tarta, lucía el símbolo de la democracia.

—¡Volviendo la espalda a Nueva York! —murmuró el federal, rebosando ironía.

Miss Seword mostró una sonrisa encantadora: su novio acusaba recibo, con aquellas palabras, del ramo de olivo que le ofreció durante el trayecto.

La joven había olvidado ya el percance de las medias, y se mostraba tan dulce como si viniese de las regiones seráficas, y no de la permanente belicosidad de una gran ciudad.

—¿Sabes lo que dice Bill? —preguntó, asiéndose al brazo prieto de nudos—. Este monumento le recuerda el de los

Voortrekker's,

en Pretoria. ¡Ambas producen complejo de microbio, y tienen salsa universal!

—Yo no he salido de Nueva York —refunfuñó el federal—. Y mientras que no me cambien de la Brigada, estoy listo...

Un vejete menudo, de rostro sanguíneo y con las gafas bailando en la nariz, ofreció a los que llegaban una sonrisa standard.

La pareja de padres productores aceptó de buen grado sus servicios, y también los sudorosos habitantes de las regiones polares. A Rock le pareció mal negarse, y masculló algo que no le comprometía.

Al remontar el basamento estrellado, a modo de fortín, se encaminaron hacia la escalera exterior. El guía recitaba su explicación con voz monótona, como una salmodia repetida millares de veces a millones de ignorantes.

—... y fue regalada por Francia, a los Estados Unidos, en mil ochocientos ochenta y cinco. La parte metálica es de cobre, pesa quinientas mil libras, y mide ciento cincuenta pies de altura.

—Ciento cuarenta y dos de la cabeza al pedestal —especificó Rock, en voz baja, para demostrar a Belle que no era un indocumentado.

Al viejo le pareció inoportuna la aclaración, y miró agriamente

al corrector. Luego de un carraspeo, siguió desenvolviendo el «rollo»; barajando cifras y fechas con ademán de profeta.

—... representa la Libertad, iluminando al mundo. Ahora tenemos frente a nosotros la escalera circular, ¡de ciento sesenta y ocho peldaños!, que asciende hasta el mirador, en la corona radiante. ¡Ejem!... Es preferible tomar el ascensor, que por diez centavos les llevará a ustedes con gran comodidad.

—¡Yo prefiero hacer piernas! —habló Rock—. ¡Con su permiso, señor mío!

Belle lanzó una guiñada cómplice al cicerone, señalando al camarín, que se abría invitador.

—No perdamos tiempo —dijo—. Llegaremos antes que él, y más descansados.

—¡Eso! ¡Eso! —gritó el pequeñín de la familia Dithmore—. Tengo ganas de ver cómo gira mi molinillo arriba.

Ganados por la simpatía de Belle y el deseo de aventajar al coloso, los del grupo se apresuraron a entrar en el ascensor, al que se dio marcha de inmediato.

La máquina respondió con rapidez, y en breve una puerta vomitaba a dieciséis curiosos y desocupados.

Un «¡Ah!» colectivo, de admiración o desencanto, surgió de todas las bocas.

Allí estaba ya, respirando normalmente «y a punto de consumir un cigarrillo», el individuo a quien creían haber adelantado. Lo imaginaban a mitad de la escalera, para aparecer más tarde, jadeante y con ojos de náufrago.

—Son lentas estas construcciones antiguas —admitió Disney, «con modestia». Me entretuve unos segundos en el camino, encendiendo el pitillo.

A la derecha, a través de los ventanales barrocos, se veía una mole monstruosa, algo que recordaba el cuello de un dinosaurio. Era el brazo de la estatua, que sostiene la antorcha flamígera y el faro más alto del mundo.

Algo más tarde, apabullado otra vez y doblemente colérico, el guía reanudó la explicación:

—El escultor que llevó a cabo la gigantesca concepción, como les decía a ustedes, tuvo un gran acierto al erigirla en este lugar de la bahía. Desde aquí se divisa una magnífica panorámica de

Manhattan, el puerto de Nueva York y gran parte del Estado de Jersey. ¡Con buenos prismáticos, que alquilo a los mayores por veinticinco centavos, pueden ver al detalle el abrazo de la tierra y el mar!

Después de su parrafada, que terminó con una frase de latiguillo, el guía se acercó a la llamativa pareja. Acaso procedió de un modo imprudente, al pretender remachar el clavo de «su sabiduría», pero lo hizo.

Dirigiéndose a Rock, que seguía con la mirada la ascensión del brazo de la estatua, le preguntó a boca de jarro:

—Dígame —dijo—: ¿puede usted añadir algún dato más sobre el monumento a los que yo he dado?

—Tal vez... —repuso el federal—. El escultor se llamaba Federico Augusto Bertholdi, y nació en el año de gracia de mil ochocientos cincuenta y cuatro, en Francia.

Belle abrió los ojos, enormes de por sí, hasta desorbitarlos.

Su novio acababa de repetir, con tono seguro y además reposado, los informes que el guía facilitó dentro de la cabina del ascensor.

Rock no pudo oírlos, de ningún modo, mientras subía como un bólido hasta el remate de la mole.

—¡Cierto! —confirmó el viejo, batallador—. ¿Y qué edad tenía al morir?

—Setenta años, puesto que falleció en mil novecientos cuatro —contestó Rock, de inmediato—. Su esposa se llamaba Colette Portal, y nació en Chalons Sur Mame, distrito de las Ardenas, donde sus abuelos establecieron un despacho de patas de puerco.

El guía se alejó, abrumado por tanta fanfarria y decisión.

No se atrevió a hacer más preguntas, temeroso de que el joven le apabullase con nuevas pruebas de su talento enciclopédico.

—Pero... ¡querido! —murmuró Belle—. Y yo dije que ignorabas hasta el emplazamiento de la estatua y su existencia.

—¡Olvidálo! —contestó Disney—. Los datos sobre el escultor los leí esta mañana, antes de salir de casa en tu busca. En cuanto a los referentes a su esposa y demás familia...

—¿Qué?

—¡Son endemoniadamente falsos! Los he urdido sobre la marcha, porque me cargaba ese tipo.

No disminuyó el aire atónito de la «vamp».

Rock acababa de mostrarle una nueva faceta de su carácter, y, llevada de sentimiento femenino de lucir, lo mismo le daba que el federal hubiese hablado en latín o en sánscrito.

El caso era demostrar supremacía, aunque fuese reflejada. Por lo mismo, acostumbraba ella a pintarse los labios con carmín y a ponerse sombreros de plumas. Era lo bastante simplista para no adentrarse en sutilidades.

—Has estado formidable —reconoció—. Si yo tuviera ese aplomo para improvisar embustes...

—Te quiero por todo lo contrario, precisamente —especificó el federal—. Dices las cosas como las sientes, aunque lo sientan los demás.

Habló serio y sin dejar de mirar en cierta dirección: hacia el remate colosal del brazo de la estatua.

Tal insistencia, observando algo que carecía de interés frente a la panorámica, excitó la curiosidad de la damita.

—¿Qué demonio miras, polizonte? —preguntó.

—No alcanzo a divisarlo bien —dijo Rock—. Es un pedazo de tela que flota en el aire.

—Yo no veo nada —respondió Belle.

Acababa de probar que los ojos más grandes no suelen poseer mayor agudeza visual.

Rock acusaba un nerviosismo extraño en él.

Había ganado en velocidad a una máquina, y no exteriorizó fatiga. Venció al guía cascarrabias y sabelotodo, experto en lanzar infundios, y ahora estaba perplejo y come irresoluto. ¡Todo por un simple trapo, que pudo depositar el viento o los encargados de limpiar la estatua!

Belle no acababa de comprender a su prometido. Acaso no le entendiese nunca.

La verdad es que un federal debe distinguir entre lo inusitado y lo vulgar, y su mente analítica aceptar o rechazar las cosas con arreglo a la lógica.

Era extraño que los «hombres-mosca» hubiesen dejado un pingo allí, a modo de bandera o gallardete, y más que a tal distancia de Nueva York el aire hubiese acertado a colocar un trapo en la antorcha que ilumina a la Humanidad, según el Gobierno francés y

un inspirado escultor.

Ergo: allí había un enigma que dilucidar, y Rock era investigador las veinticuatro horas del día, estuviese despierto o no, persiguiendo a defraudadores o franco de servicio.

—Tiene que haber algún medio para subir ahí —dijo—, y no me refiero a emplear un autogiro.

—¡Vámonos! —sentenció Belle—. Los visitantes de nuestro grupo empiezan a desperdigarse.

Acababa de sentir unas punzadas en el pecho, como anticipo de la tragedia.

—Yo, no —replicó Disney—. Lo siento, querida, pero creo que se imponen unos volatines.

—No querrás decir que... —dijo, con voz desmayada, la rubia, sin atreverse a terminar.

—¡Sí! Voy en busca del hombre antipático.

El guía estaba paladeando un caramelo y haciendo arqueo de las propinas recibidas. De puro acostumbrado a tratar gentes de la más variada catadura, hubiese podido jurar lo que le iba a dar Rock por sus explicaciones: un níquel.

Por ello fue que abrió los ojos tamañosos, cuando el federal le hizo la peregrina petición.

—Necesito una sogá, resistente. ¡Supongo que habrá alguna por aquí, abuelo!

—Si es que va a ahorcarse...

—Cincuenta brazas me bastarán para llegar a la antorcha —siguió Disney—. ¡Eso es lo que me hace falta! ¡Y si la cuerda tiene un garfio, mejor!

Al comprender la enormidad que proyectaba su cliente, el viejo se negó en redondo. Luego, cuando Rock le mostró el carnet federal, empezó a objetar, muy decidido:

—Mire, amigo... La isla está bajo la jurisdicción de Grosvenor's y no permitirán que...

No conocía a Rock, el agente para quien no existían obstáculos insalvables. Habló por teléfono, revolió tirios y troyanos, y al cabo se dispuso a emprender la aventura que hubiese valido una fortuna a un funámbulo: ascender gateando por la mole metálica, resbaladiza, hasta alcanzar lo que oscilaba al vientecillo de la

mañana.

«Aquello», lo que fuese, no se podía alcanzar por otros medios. ¡No existen escaleras portátiles de doscientos pies de altura!

—Lo suponía —contestó Rock—. Lo del autogiro resulta antieconómico, además...

Una de las virtudes de Rock era ser ahorrativo. Cuando se trataba del dinero del Gobierno, tal cualidad adquiría visos de avaricia.

Belle contempló, crispada de pánico, la salida del héroe por el ventanal. Apoyando el garfio en el alféizar, Disney se deslizó hacia abajo, y por irnos segundos estuvo montado a caballo sobre la nariz clásica de la estatua. Pasó sin detenerse ante los labios monstruosos, y a poco oscilaba al viento en los pliegues del manto de la figura.

Parecía un extraño insecto, un nuevo Gulliver en el país de los gigantes.

—¡Soltad el gancho! —gritó a los que se asomaban a contemplarle.

—Si estuviera aquí mi hermano... —musitó Belle.

Con un valor casi desconocido, pues lo sacaba del fondo de su propia desesperación, la joven soltó el garfio anudado a la soga y le dejó caer.

Abajo, la figurilla que haría actuar teletipos y ondas hertzianas, esparciendo su hazaña a través del mundo, plegó la cuerda y se la echó enrollada sobre el hombro izquierdo.

Luego, sin detenerse a meditar, empezó lo que parecía tarea impropia de un mono o de una lagartija.

El brazo oblicuo de la mole, casi vertical, fue ganado, a regular velocidad, por el valeroso joven que seguía una corazonada.

—Es absurdo —masculló el vejete—; pero todos los heroísmos tienen algo de locura...

Había desaparecido su anterior animosidad hacia el que le escarmentó aquella mañana. Viéndole jugarse la vida con tal desprecio al peligro, sentía que un hervor emocional le agitaba.

La gratitud llenaba su pecho también. Gracias a tan feliz coyuntura, podría añadir en lo sucesivo algo cálido y vivo a sus acartonados comentarios.

Rock abandonó los pliegues del antebrazo, y sin tomar descanso, se puso a trepar por la mole «desnuda». Con el cuerpo inclinado,

para vencer la fuerza de la gravedad, siguió el ascenso de un modo más lento. Parecía un zarpear de pesadilla, una lucha angustiada frente a la muerte.

Uno de los pies descalzos que resbalase, o sufrir el ataque del vértigo, y una viril figura de gladiador, sería arrastrada al vacío, para estrellarse irremisiblemente desde tan colosal altura. ¡Todo por investigar el misterio que había en un trapo volandero, que los demás no alcorzaban a ver!

—Es el Cristóbal Colón de la estatua —dijo alguien, y se quedó tan satisfecho.

No había recibido aplausos, ni los esperaba; pero las lágrimas que brotaron de unos ojos azules fueron sobrado premio a su improvisación.

Rock había pasado ya una de las grandes planchas metálicas, con el costurón de sus remaches, y emprendía la tarea más peligrosa y difícil: ascender por la muñeca desnuda, casi vertical, en pos del dedo gordo y de su articulación en la mano.

Allí debía estrellarse el propósito, porque al hombre le está vedado ascender por una perpendicular lisa y sin asideros.

Rock siguió, no obstante, y lo que hizo a continuación tuvo como premio un grito colectivo y un escalofrío múltiple.

Lanzó con pericia la cuerda, provista de garfio en su extremo, y apenas asentada, se lanzó por el aire, describiendo una parábola alucinante.

Luego redujo la distancia que le separaba de su objetivo, y al gatear, dio la impresión de una oruga que devorase pánico.

No era la antorcha el objetivo de Rock, sino la parte invisible entre los dedos y colocada bajo el artificio flamígero. Allí volvió a recoger la sogá, y se entregó a misteriosas e invisibles manipulaciones.

Varias personas, llevadas de la mejor buena fe, corrían por la parte del fortín estrellado a colocar almohadas y jergones. Las cuatro familias que cuidan del monumento trataban de atemperar el batacazo fatal.

—¡Ya baja! —gritó alguien.

—¡Y no viene solo! —murmuró otro mirón.

Rock descendía, en efecto, por el mismo camino usado para subir. Lo increíble es que llevaba algo consigo, macabro y

estremecedor por demás: ¡el cuerpo de un hombre!

Nadie dudó que el misterioso y fenomenal hallazgo era un cadáver. Sus brazos y piernas pendían lasos, como desarticulados, mientras que el hércules lo bajaba con la natural lentitud.

La carga, puesta a la espalda, a modo de joroba, tendía a empujarle hacia la sima estremecedora.

No todo era malo y trágico. La cuerda que se tensaba hacia atrás resultaba una ayuda formidable para el retroceso, y a favor del vacilante asidero Rock desanduvo el camino.

Cuando llegó al remate del «peplo griego», el federal depositó al ser inerte en el «suelo».

—Necesito otra cuerda —pidió—. Si no la encuentran, descolgaré la que acabo de usar.

Nadie dudó que subiría a por ella, en un nuevo reto a la fatalidad. Belle gritó, convulsa:

—Esperarás ahí todo el tiempo que sea preciso. ¡De ningún modo consentiré que te arriesgues de nuevo!

Había cuerdas suficientes para subir a Disney, y al muerto. El policía ató el extremo libre de una en torno al cuerpecillo flaco y esmirriado, y lo vio ascender a plomo sobre su cabeza. Luego pegó un rebote, y se convirtió en el péndulo de la muerte.

Cuando desapareció el fúnebre envió por uno de los ventanales, la sogla fue remitida por segunda vez al valiente.

Disney no dio tiempo a que le izasen. Con ligereza poco usual, y un dinamismo incomparable, gateó al estilo de un campeón olímpico basta hallarse en el mirador.

En breve era aprisionado por los brazos amorosos de Belle, convertidos en zarpas leoninas.

—¡Amor mío! —exclamó *miss* Seward. Y luego de un suspiro—: ¡Vaya mañana!

El cadáver yacía en un rincón, sin que nadie se preocupara de mirarlo ante la atención que monopolizaba el audaz. La verdad es que no había en sus bolsillos ningún documento, cosa que Rock comprobó a gran altura sobre ti abismo.

Aquel mísero despojo permanecería mudo e indescifrable, aunque su hallazgo en el refugio inverosímil poseía un gran simbolismo para el federal.

Usando su «libertad», la misma que simbolizaba el monumento,

un hombre habló... ¡demasiado! El que lo hizo matar y poner allí, hasta que hediese, actuó como verdugo: quiso dar al feroz castigo tal ejemplaridad, que ninguno de los que se dedican a vender noticias sintiese el deseo de imitarle.

¡El «silenciador de confidentes» había dicho la primera palabra, coincidiendo con la última de su víctima!

Entre ambos estaba Disney, el agente que rescató al abismo su despojo y que actuaría en nombre de la Ley.

¡Dos fantásticos antagonistas se perfilaban frente a frente y espada en alto!

II



—E digo que el caso compete a la Metropolitana, Rock! De encontrarme allí, no habría realizado esa temeridad.

Disney no se amilanó. Frente a la repulsa, como neutralizándola, veía brillar en los ojos de Mike Bregan una chispita de entusiasmo.

En oposición a sus palabras, sabía que, en lo íntimo, el jefe aprobaba lo que la Prensa calificó «alarde juvenil».

—Admito que me porté como un crío, señor... —murmuró—. No obstante, el papel que el cadáver tenía sujeto en el pecho, a modo de tarjetón de mercancía, demuestra que se trata de algo muy gordo. ¡Y el hecho de colocar el fiambre allí, no digamos!

La hoja de referencia estaba sobre la mesa En trazos gruesos, de

lápiz rojo, se leían dos únicas palabras:

«Por chivato».

—Secuestro de pruebas a la Justicia —añadió el inspector—. ¡Eso es lo que hizo! Si devuelvo ahora ese dato, se formará una polvareda de escándalo en torno al Departamento.

Hubo una pausa, durante la cual los dos hombres se miraron de hito en hito. Al cabo, Bregan entregó el trozo de papel de embalaje, sin marcas ni huellas dactilares, al subordinado.

—¿Cuánto tiempo hace que no toma vacaciones, Rock? —le preguntó—. Por las heridas recibidas en el Club *Express*, le correspondía una quincena extra, y...

Disney enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Fué perceptible el crujir de sus dientes, al apretar con fuerza las mandíbulas.

—¿Opina usted que estoy perdiendo facultades?

—Opino que debe descansar. No puedo meterme en lo que haga, como particular, durante un par de semanas. ¡Y no sea tacaño con el dinero, hombre!

Rock estuvo a punto de saltar de alegría.

Luego de la amonestación, el inspector estaba ofreciéndole una posibilidad de continuar investigando el asunto que le apasionaba; de una forma entre privada y oficial que era muy de su agrado.

La extraña consigna, acondicionada a la propia responsabilidad del agente, tenía sus motivos.

Durante los últimos meses, la Metropolitana estuvo haciendo comentarios hostiles al

F. B. I.;

acusando a sus hombres de intromisión en asuntos que no eran de la incumbencia federal.

Cierto que, en la mayoría de los casos, se probó que los crímenes descubiertos atentaban contra la seguridad del Estado; pero ello solo pudo demostrarse al final de las pesquisas, y hubo casos que se patentizaron como atentados típicos de «gangsters» y de otros delincuentes comunes.

El gesto de Rock, siguiendo una corazonada, y que fue jaleado por la Prensa, levantó una oleada de controversias.

La Metropolitana manifestó sin veladuras que el rescate del muerto era trabajo de los bomberos, de los encargados de mantener

«limpios los monumentos», y, en último caso, de los que se cuidan de quitar pasquines y rótulos con tendencia revolucionaria: ¡nunca de un federal!

Aun haciéndolo un miembro del

F. B. I.,

no se debió dar al suceso una publicidad semejante, que dotaba a un organismo «serio y pundonoroso» de la truculencia exhibicionista de un número de circo.

Todo aquello, y mucho más, fue aireado a los cuatro vientos por medio de cierto sector de la Prensa demócrata, frente a la republicana y gubernamental.

¡La envidia, y el despecho, pregonaban con gritos de tinta la pugna entre dos partidos políticos en víspera de elecciones!

El mismo papel que secuestró Disney, llevado de su amor y devoción al

F. B. I.,

no autorizaba a los federales a inmiscuirse en el drama.

Si el lápiz rojo hubiese indicado algo en relación con el tráfico de drogas, la trata de blancas, la discriminación racial o la vigilancia en tomo a personalidades políticas, la campaña no hubiera tenido razón de ser; pero allí sólo decía: «Por chivato».

Cualquier delito, de la competencia usual de la Metropolitana, podía incluir a la víctima como uno de sus habituales confidentes.

Son embargo... ¡había un camino!

Siempre lo hay, para los hombres habituados a jugarse la vida en el cumplimiento del deber.

Trabajando en el caso como particular, con los derechos y atribuciones de su cargo en defensa propia. Rock podía hacer muchas cosas: desde solicitar audiencia al presidente de los Estados Unidos, a descender a los bajos fondos y mezclarse con la hez social.

Fué esto último lo que hizo, debido a que en las altas esferas era difícil captar noticias importantes, relacionadas con el asesinato de un ser anónimo, sin antecedentes ni ficha antropométrica.

¡Allí radicaba el verdadero misterio!

El inolado en América —su muerte databa de unas horas atrás—, y que elevaron hasta el curioso escondite valiéndose de medios sólo imaginados, carecía de datos que le identificasen.

Era como si hubiera descendido de la luna, por sí mismo, y se hubiese dado fin en aquel recóndito lugar para crear un problema insoluble.

En los bajos fondos no se hablaba de otra cosa.

Más que en cualquier otra parte, los hampones especulaban sobre la identidad del individuo y su aparición en un lugar donde su muerte adquiriría proyección universal.

Rock, por su parte, atizó yesca al rescoldo. Fomentó la idea que había concebido, al leer las dos palabras escritas con lápiz rojo.

Disney consiguió salir de

Bedloe's

sin que nadie le tomase una fotografía. Cuando regresaba a la ciudad, para dejar a Belle en su casa, se cruzó con la motora atestada de reporteros que iban en su busca.

¡Los había burlado lindamente, y nadie conocía siquiera su nombre y apellido!

El guía se hizo pagar buenas sumas por facilitar informes: ¡era su oficio, también!

Lo malo es que únicamente sabían que el valiente era un federal, y ante la carencia de otros detalles efectivos, se extendió, con su acostumbrada facundia, llegando a confundir a los chicos de la Prensa.

—Os digo que alguien se dispone a hacer una «*razzia*» entre nosotros, muchachos —decía Rock a la sazón, repartiendo pequeñas dosis de una botella—. ¡No estamos seguros!

Se hallaba en un tugurio de Chinatown, rodeado de seres patibularios, que bebían con tanta ansia las palabras del «compañero», como su licor. Estaba derrochando, según su concepto del ahorro, pero obediente a los consejos del inspector.

—¡Razón de más para que no hablemos! —Se alzó la voz de la lógica, en el conjunto—. Será mejor esperar a ver qué pasa...

—¡Diablo! Sería como cerrar el negocio —refunfuñó el federal—. Y, mientras tanto, iremos cayendo uno tras de otro.

—Después de esperar con paciencia de arañas a cazar una noticia, buscar clientes para ella, no podemos aguardar, —añadió un tipo simiesco, mordiéndose las uñas.

—¿Cómo no? Aguardaremos un balazo, o una puñalada, y cobraremos plomo o acero en vez de oro... —argumentó Rock,

desafiando al conjunto bestial.

No necesitaba fingir odio, al mirar a la calaña. ¡Lo sentía junto con repulsión y desprecio!

—¿Qué sugieres? —preguntó un ser espantable, cuyo rostro era un muestrario de chirlos.

Habló al federal sin animosidad, pero había un brillo maligno en sus pupilas.

El convidado podía convertirse en enemigo, en cuanto que alguien identificase al solitario paladín, que predicaba entre los hampones, como un enemigo.

—Yo os lo diré —contestó Rock, de inmediato—. Debemos constituir una especie de asociación, y defendemos mutuamente.

—¡Un sindicato de parlanchines! —comentó alguien, lanzando una carcajada soez—. Pronto se enteraría hasta el gato.

—¡Una reunión de lobos que sepan morder al agresor! —replicó el federal—. Si uno de nuestros miembros cae, sabremos en qué sentido dirigir nuestros pasos..., ¡y ganar dinero!

La idea se abría paso con dificultad entre los reunidos, apenas media docena.

Era un palo al azar, un tanteo en las tinieblas, pero aquello valía más que nada.

Rock ignoraba que muy pronto iba a tener gran publicidad su idea, y que él mismo sería encargado de fomentarla... ¡involuntariamente!

El de los chirlos se puso en pie y miró de arriba abajo al que ofrecía formar un gremio de soplones y correveidiles. Escupió sus palabras con inusitada ferocidad:

—Y ¿quién nos dice que tú no eres un espía del asesino, y que vienes a ver cómo reaccionamos?

—¡Esto! —contestó Rock, largando un puñetazo al amasijo de costurones.

El golpe fue rápido, contundente y demoledor.

Ray «Seisdedos» retrocedió; cayendo sobre la mesa que se alzaba tras de él y haciendo crujir su maderamen; derramando los vasos que estaban allí y levantando una tempestad de injurias.

La propia lentitud que usó para enderezarse no auguraba nada bueno y los blandengues se apartaron de un modo previsor.

Rock esperaba la acometida tranquilo sin pestañear.

Ignoraba si el miserable esgrimiría una navaja, un pistolón, o únicamente sus puños; pero era de esperar que la réplica fuese tan rápida y destructora que diese feroz realce a la lentitud de que hacía gala el matasiete.

Así fue. Repentinamente, «Seisdedos» echó mano a la axila, y, sacando con velocidad de vértigo, enfiló la boca de una «Luger» hacia el pecho del federal.

El joven estaba a regular distancia, sentado aún, y se hizo patente que no lograría saltar ni escudarse de los impactos de plomo.

Sonreía, incluso, como si quisiera suavizar la tensión; el brillo asesino que fulguraba en los ojos del innoble.

—¡Duro, Roy! —gritó alguien—. Demuestra que eres nuestro jefe, y que mereces seguir siéndolo.

El otro no necesitaba que le alentasen.

Un extraño había entrado en su feudo a dar consignas, y el hecho bastaba a mermar su influencia en todo el barrio.

Dejar que el joven saliera indemne era ofensivo, de por sí. Consentir que le tocara la cara, poniéndole en ridículo, suponía la abdicación.

Por lo tanto... ¡sentencia de muerte para el desconocido!

La «Luger» escupió plomo en efecto.

Varias detonaciones sonaron en el silencio ominoso del local, como otros tantos puntos suspensivos, encargados de liquidar una vida.

Todos iban dirigidos con mano maestra y habilidad de pistolero, hacía puntos vitales del nuevo jeque.

Empero, cuando llegaron las balas, ya no estaba allí el destinatario.

En contraste con su corpachón, el movimiento fue maravillosamente raudo, casi increíble, en Rock.

Pareció volatilizarse bajo un efecto especial, y no había tal misterio ni desintegración.

Según estaba sentado, y viendo que le encañonaban, el federal miraba a los ojos del asesino, los globos desorbitados que el castigo cruzó con venillas sanguinolentas.

Sabía que las pupilas debían contraerse, al disparar, como acentuando la presión del gatillo con el impulso del odio.

Era algo inapreciable en el tiempo, pero allí estaba Rock aguardando su oportunidad: no podía adelantarse un segundo, ni retrasar los movimientos lo que supone un parpadeo.

Acechaba al matón, y debía abordarle el triunfo.

De lo contrario, su propio cuerpo enriquecería en la Morgue la colección de cadáveres.

Cuando dio un salto de costado, la banqueta que asía su mano derecha voló por el aire, en dirección al tipo vengativo.

Cuando Ray «Seisdedos» hizo un sesgo, para evitar el extraño proyectil, su enemigo se lanzaba detrás para secundar la acción, sin imponerle la boca que escupía humo y plomo caliente. Dos hombres cayeron revueltos en confusa montón sobre la mesa siniestrada ya, y las banquetas que desahució el miedo.

Los seres bullentes se arremolinaron en ímpetu sanguinario, turbulento, en dirección al mostrador y hacia la puerta de la calle, alternativamente.

En un vaivén apocalíptico, los muebles de pino caían, siendo arrollados por la masa en que apenas se distinguían brazos y piernas en trepidante sucesión.

Luego se oyó el jadeo de los pechos, recordando a fuelles de herrero en plena labor. Los resuellos eran fuertes y potentes, como que sustanciaban un reinado.

Palabras no había. Apenas un bisbiseo, pero tan preñado de amenaza, que paría injurias a diestro y siniestro, como sierpecillas capaces de asestar mordeduras y veneno.

La lucha siguió, un tiempo incalculable, entre el ir y venir de curiosos que alentaban a cada paladín.

Rock nunca estuvo tan a punto de morir de un tiro por la espalda, o de una aviesa puñalada, porque Ray era el jefe indiscutible del cubil.

No obstante, y por lo mismo que ejercía su férrea tutela como un tirano, otros malhechores le odiaban, y ello libró también al federal de caer inmolado traidoramente.

El miedo y el recelo, el ansia de violencia y la cobardía, fueron los testigos invisibles que velaron la tarea de dos combatientes.

Al fin, después de formar con sus manos un puño monstruoso, y dejarlo caer sobre el rostro desfigurado por los chirlos. Rock se alzó del suelo. Jadeando sacudió el polvo de sus harapos, y luego se

dirigió a la mesa donde empezó la reyerta.

Su voz no temblaba, al seguir hablando a los seres atónitos.

—Como os decía, muchachos, constituimos una clase: vendemos informes como cualquier agencia, aunque no paguemos matrícula y debemos asociarnos para escapar, a la venganza del asesino.

Ray «Seisdedos» se levantó del suelo, demostrando que poseía una resistencia increíble, y el hábito de encajar golpes tremebundos.

Se limpió con una mano la sangre que le corría por la cara, y al despojar de su banqueta a uno de los reunidos, lo hizo caer al suelo, sembrando maldiciones.

—¡Sigue explicando! —dijo—. Ya te escucho.

No había animosidad aparente en sus palabras, y Rock le contempló con simpático ademán.

—¡Bravo, socio! —Aplaudió—. Conservo una cosa tuya que debes guardar...

Y depositó sobre la mesa, al alcance de su rival de minutos antes, el artefacto que olía a cordita; que había escupido inútilmente tres balas, y que conservaba más en el cargador.

El gesto de devolver el arma a su adversario, causó pasmo en el conjunto.

Era formidable que el joven hubiese combatido con el rey indiscutible del hampa, en aquel sector, y que supiera esquivar sus hachazos de plomo. Más aún, que en plena pendencia, lograra arrebatarse el arma, y guardársela. Más, muchísimo más, que luego se la devolviera, para continuar la explicación frente al que estaba dispuesto a perforarle el cuero.

Aquel mocetón tenía clase, fibra y talento, músculo y agudeza. Merecía la pena perder irnos minutos escuchándole, ya que antes había proporcionado un espectáculo inolvidable.

—Imaginaos que ya formamos esa sociedad. Ello no impide que conserve cada uno su independencia, para vender los informes a quien le parezca. Incluso, en último término, la «Bofia»...

—Desde luego que en el peor de los casos —dijo el felón de los chirlos—. Sigue, chaval...

Un rey de la fauna del crimen, de la gente de trueno, de la canalla, acababa de abdicar; cediendo su cetro y convirtiéndose en segundón.

Afortunadamente, Rock no iba a hacerlo objeto de nuevas

humillaciones, y le dejaría campar por sus respetos entre la chusma.

Le bastaba su atención, ahora, y que colaborase después.

¡Era una idea solidaria lo que Rock trataba de sembrar en los hampones, y no el cisma!

Afirmo que cada uno es dueño absoluto de los secretos que obtenga por ahí; pero al asociarse nos daremos cuenta si un compañero falta, para tomar nuestras medidas y localizar al «Silenciador» o a sus esbirros. El día que sepamos quién es...

—¡Lo apiolamos! —susurró un sanguinario.

Un puño fenomenal golpeó la mesa de la conferencia, e hizo saltar en el aire una nueva botella de licor. ¡Por suerte estaba casi vacía, a causa de las continuas libaciones!

—¡Nada de eso, estúpido! —farfulló Rock, y el de la sugerencia se escabulló entre los oyentes.

—¿Entonces...? —preguntó «Seisdedos».

Lo exprimiremos como un limón, y luego rallaremos la cáscara. Es indudable que el tipo tiene papiros, y en grande. Cuando la sociedad sepa de quién se trata, lo explotaremos entre todos: el secreto nos pertenecerá a partes iguales, lo mismo a mí que al último cobarde y miserable que se apunte en la pandilla.

—¿Y no habrá que pagar nada, de cuota? —preguntó un randa.

—¡Ni un céntimo! Quién pagará es el guaja que nos amenaza a todos. ¡Nosotros no somos asesinos, sino vendedores de informes! Eso no debéis olvidarlo, ni tampoco que formamos un gremio respetable...

Si el inspector Mike Bregan hubiera estado presente —oyendo a Disney catalogarse entre los seres más despreciables, y afirmar que pertenecía a ellos con legítimo orgullo—, hubiera reventado de risa.

Realmente, la idea podía fructificar, y en manos de un federal significaba tener los bajos fondos de Nueva York a disposición de la Policía.

Acertar con aquel cubil no tuvo nada de maravilloso, pues El Café del Negro era conocido como lugar de reunión de todos los delatores de la ciudad, y eran muchos.

Lo malo es que también el «Silenciador», tenía, allí, quien le facilitaba informes, y a poco de constituirse la curiosa sociedad, el malvado individuo sabía que acababa; de crearse una potencia frente a la suya.

En lo sucesivo, los planes de castigo debían ser bien estudiados, para que una caterva unificada no le mellase los dientes.

Por carambola, el hombre con mandíbula de boxeador fue sentenciado por el misterioso «boss». ¡Los días de vida de Rock Disney estaban contados!

Lo que no pudo saber nunca «el Silenciador», ni llegó a imaginárselo, es que el ambicioso hampón que pensaba estrujarle fuese un federal incorruptible. El mismo que en desafío al miedo arrebató a su primera víctima del curioso escondrijo, donde fue colocada gracias a un autogiro que se detuvo cerca de la antorcha.

Había muchas cosas que ignoraban, acerca de sí mismos, aquellos dos temibles contendientes.

Desdichadamente para Rock, su rival sabía de él mucho más, y se disponía a dar el primer golpe: tan demoledor y feroz que haría correr espeluznos entre la carne de patíbulo.

III



ELLE suspiró.

—Me gusta aquél —dijo—, y sería una buena oportunidad aprovechar las rebajas de verano pero trescientos dólares... ¡son trescientos dólares!

—¡Desde luego! ¿Qué hubiese hecho tu hermano, en este caso? —preguntó el federal.

—¡Comprármelo, naturalmente! Le sobra el dinero, aunque lo gana con riesgo de la vida.

—Pues ya estamos andando. Pasa, y si es de garras de verdad, no lo sueltes de las tuyas.

Aturdida, pensando que también se puede soñar despierto, la joven pasó con su novio al interior de la peletería.

Al dirigirse a una dependiente, se ruborizó: ¡no estaba

acostumbrada a pedir abrigos tan costosos!

—¿Es auténtico? —indagó, cautelosa, al ver con qué velocidad era servida.

—Los damos con certificado de garantía, señora —dijo la empleada del almacén.

Belle se ruborizó de nuevo.

—La verdad es que no...

Rock atajó la explicación. Le agradaba el error que le convertía en esposo de Belle, y no quería subsanarlo.

—A Bill le gustará mucho también —afirmó—. Realmente, eres tú quien va a lucirlo, y no él.

No había nada que objetar. El modelo se amoldaba maravillosamente a la figura de la rubia, y era como un estuche de piel para una joya viva.

Miss Seward cerró los ojos durante un largo segundo, y el federal se vio enfocado por ellos al abrirlos de nuevo. Acariciaban.

—¡Trescientos pavos! —refunfuñó, por lo bajo—. ¿Seguro que no te aprieta de las sisas?

Belle estaba dispuesta a llevarse el abrigo, aunque las costuras la hubiesen hecho pedazos.

Realmente, ella no pensaba en la prenda tanto para librarla del frío como para sentir la íntima satisfacción de ser presentada con lujo, en un marco que le diese realce.

Se sabía bella y codiciada, pero con garras de astracán su valor intrínseco subía como la espuma del champán.

El contacto de los suaves rizos era embriagador, también.

Al salir de la tienda, con el abrigo envuelto, los enamorados decidieron tomar un taxi.

Siempre ocurre igual: un derroche engendra otro, y los gastos se van enganchando como las cerezas.

¡No era cosa de atravesar Nueva York, desde aquella punta del Bronx, cargados con un fardo!

—¡Suban! —dijo un individuo de aspecto cerril, saludando como un genio sumiso desde detrás de un volante.

—¿No es maravilloso, querido? —musitó Baile, entusiasmado—. Sucede como en los cuentos de hadas: se manifiesta un deseo, y... ¡plift! ¡Ya está realizado!

El coche era grande y suntuoso, además. Quizá el modelo

resultase un tanto anticuado, pero se le adivinaba sólido y veloz. ¡Acaso demasiado en ambos sentidos!

—Pellízcame, a ver si estoy dormida —rogó Belle a su novio—. ¡Tal vez despertemos en un hotel, casados ya!

El coche había echado a andar, sin que los dos jóvenes le diesen orden alguna, con una prontitud maravillosa.

Empero, al federal no le pareció la cosa tan admirable. Si Belle estaba en el séptimo cielo, con su abrigo, él no abandonaba el frío control por nada del mundo.

Sueños... ¡Iban a despabilar muy pronto, y se encargaría de hacerlo la más dura realidad!

—¡Oiga, chófer! —gritó Rock—. ¿Adónde diablos nos lleva, si es que puede saberse?

A través de la vidriera de separación, el gorila hizo un gesto que pretendía ser amistoso.

Guiñó un ojo a los enamorados.

Daba la impresión de que sabía de memoria el camino, y que preparaba una estupenda broma a la pareja.

—Le he dicho que... ¡Oiga! ¿Por qué no se desliza está condenada vidriera?

Una sospecha iba calando en el cerebro del federal, acostumbrado a discriminar cuanto hubiese de raro o de anormal en las distintas facetas de la vida.

Rock pudo asirse a una explicación plausible en aquel caso: la travesura de un amigo, a un obsequio del dueño de la peletería, pero lo cierto es que auténtico temblor empezaba a agitarle el pulso. El instinto de conservación no tenía nada que ver en el asunto, porque Rock estaba acostumbrado a jugarse la vida a diario, en cualquier coyuntura y oportunidad.

¡Su miedo, el terrible pánico que empezaba a dominarle, era pensando en la encantadora y tierna joven que le acompañaba en la aventura! Belle debía escapar de allí, a cualquier precio.

El cristal, era inastillable, acaso blindado. Rock lo comprobó al golpear con la culata de su pistola sobre la superficie pulida, que resonó inmovible.

Entonces se dispuso a saltar del vehículo, abriendo una portezuela y lanzándose al abordaje del pescante.

¡No pudo conseguirlo tampoco, y un sudor frío empezó a

envolverle de pies a cabeza!

Se volvió a Belle, con la voluntariosa mandíbula crispada, y sus ojos fueron suficientemente explícitos para la joven.

—¿Un secuestro? —preguntó ella—. Eso suena a novela...

El automóvil volaba, a la sazón, por la parte norte del Bronx, en busca de la llanura salpicada de villas que contornea Nueva York.

La velocidad del vehículo era tal, que tirarse en marcha, caso de que las portezuelas hubieran podido abrirse, suponía la muerte.

Desde luego, Belle no se lanzaría: su belleza era la mayor condenación en tales circunstancias.

Jamás intentaría un medio de fuga que le ajase el físico; dejándola marcada para siempre, o perniquebrada. No lo haría ni aunque se lo ordenase el oráculo de su hermano.

La verdad es que Rock no iba a dejarse conducir como un autómeta.

Sólo, acaso hubiera intentado la aventura; llevando consigo a su novia, no quería ni pensar en ello.

Sentía golpes sordos en el corazón que le envolvían en oleadas de arritmia, mientras la víscera cardíaca volaba —también— como un caballo desbocado.

—Tienes que reflexionar fríamente, muchacho —se dijo en alta voz, y Belle creyó que se dirigía al chófer.

Acaso el malvado raptor lo creyó así, igualmente, pues se volvió un tanto al repetir la guiñada.

Oía lo que se hablaba en el interior del compartimiento estanco, convertido en cárcel con ruedas, merced a algún orificio o sistema de audición mecánico.

Rock empuñó la pistola, apuntando hacia el tabique de cristal que los separaba del pescante. No pensaba matar al conductor, desde luego, pero se le veía dispuesto a abatir de algún modo el obstáculo que protegía al secuestrador.

Una lucha con el individuo, mientras que el coche rebasaba las noventa millas, sería algo escalofriante; pero valía más que dejarse llevar —como borregos— hacia donde Belle podía sufrir algo peor que la muerte.

—¡No lo hagas, Rock! —pidió su novia—. Sería declarar la guerra a ese miserable.

—Ya nos la ha declarado él, con su tejemaneje —contestó el

federal, ceñudo.

No llegó a disparar, sin embargo.

Antes de que oprimiese el gatillo del arma, algo serpeó con ruido de carcajada, deslizándose en refuerzo del cristal y completando la prisión en que galopaban dos jóvenes.

La superficie metálica tenía la ventaja de que aislaba del ruido también.

Las ventanas laterales, e incluso la trasera, quedaron tapiadas por otras cortinillas metálicas, cuya ensambladura poseía una infernal solidez.

Rock ignoraba —no podía saberlo todo— que eran conducidos a un misterioso destino en el coche blindado de Al Capone [2].

Rock dejó la pistola para volverse hacia su novia. Temía encontrarla horrorizada, y no fue así.

Aparte del lógico nerviosismo, Belle encontró una formidable fuente de reservas en algún lugar de su pecho, porque incluso se permitió lucir su perfecta dentadura.

—¿De qué demontres te ríes? —preguntó el federal.

—No me río: ¡es sonreír, nada más! —dijo ella—. Imagino que voy con mi hermano, el hombre capaz de vencer en cualquier emergencia.

—Pues no sé qué haría el dichoso Bill si estuviese aquí. Desde luego, no pienso quedarme parado...

Sin pensar ya en la «divertida» Selle, y actuando más bien como si no existiera, el federal se arrodilló en el suelo del vehículo, poniéndose a trabajar activamente.

Levantó así la alfombra recia y muelle que servía para poner los pies, y al echarla a un lado apartó también un par de pantorrillas esculturales, sin el menor miramiento.

Una idea frenética bullía en su cerebro, mientras que de los dedos irradiaba un hormiguillo de actividad hasta cualquier otra parte de su organismo.

Debajo de la alfombra había una plancha de hierro, que el joven tanteó con la pistola paca comprobar su grosor.

El fabricante del vehículo cuidó tanto la solidez; de aquella parte como el resto de la carrocería, y las ventanas; pues había previsto la posibilidad del rebote de una bala o de algún casco de metralla.

Bock pensó que el tiempo actuaba en contra suya, y no quiso

perderlo.

El arma de fuego quedó enfilada hacía determinada parte del automóvil: justo donde el federal calculaba que se hallaría la caja de cambios.

El rechace de los proyectiles no podía afectarles, en aquel ángulo de tiro, y disparó dos veces con pasmosa decisión.

Fué así cómo Disney obtuvo un resultado que no esperaba, ciertamente.

—¡Rayos! ¿Qué porra es lo que sucede? —bramo el conductor.

Las balas no llegaron a atravesar el blindaje del piso, pero se clavaron en la tapicería del asiento delantero, a través de la separación del pescante.

Se oyó una maldición partiendo de labios del chófer, y el vehículo disminuyó en gran parte su velocidad.

Rock había encontrado el medio para frenar la estampida de un montón de caballos de vapor.

—¡Bueno! Esto es algo positivo —dijo.

Y lanzó otro balazo, a guisa de tanteo, en dirección a dónde debían estar las piernas del guía.

El automóvil acabó por detenerse, y se oyó de nuevo la voz malhumorada del secuestrador.

—No sé cómo diablos lo consiguió, pero no estoy dispuesto a darle más oportunidades. Estese quieto, o...

—¡Toma, Cicerón! —contestó Rock, enviando nuevas píldoras de plomo.

No podía orientarle la voz de su enemigo que les llegaba de la parte trasera del vehículo. Sin duda había allí un sistema de micrófonos, que comunicaban simultáneamente el interior y el exterior.

Aquella vez sí acertó. Se oyó un alarido, y la valerosa y dinámica Baile decidió taparse las orejitas con ambas manos.

Más tarde...

Más tarde bajó del techo lo que una imaginación calenturienta hubiese llamado «la muerte blanca».

Era una niebla venenosa, que produjo terrible irritación en las mucosas del federal. Belle podía cerrar los ojos, tapándose boca y nariz al respirar por intermedio de un pañuelo; pero él necesitaba seguir al pie del cañón, en la caótica batalla a que le habían lanzado

contra su voluntad.

—Súbete en el asiento —ordené Disney a su amada—. Es un gas más pesado que el aire, y podrás resistir algún tiempo.

Luego siguió disparando en todos sentidos, agujereando la madera y el acolchado que separaba las dos divisiones del automóvil.

Lo tarea resultó penosa, porque el veneno estaba minando su resistencia física.

Agotado el cargador, sin otro objeto que llamar la atención de cualquier transeúnte. Rock concentró su furia en el manillar de una puerta.

Sentía en la garganta un ardor de rescoldo, pero concentró el ansia final en vencer aquel obstáculo.

Pese a la tensión intolerable, casi perdido el control de los nervios ante el doble impulso de lucha y decadencia, logró torcerlo de un modo rabioso.

La voluntad convirtió un trozo de hierro sueco en algo engarabitado y deforme, a modo de signo interrogante de la muerte.

Luego, el desplome sobre su cuerpo del de Belle, doblado sin un lamento, pareció acabar con sus últimas energías.

¿Era el final? ¡Acaso! Pero aún quedaba una posibilidad; porque, muerto y todo. Rock seguiría siendo un temible obstáculo para los secuestradores...

Sabía que se hallaba en la buena senda ¡y no podía fracasar! Inmovilizando el vehículo, dejaba una pista tras de sí; impidiendo que el hecho criminal se consumase.

Cayendo al fondo de la inconsciencia no hacía sino seguir el juego de sus enemigos.

Rock saco los fósforos de su bolsillo, y rascó uno.

Tan pequeño esfuerzo le dejó jadeante, porque otra masa plomiza —y no, por cierto, el peso de la amada— gravitaba sobre él en todos sentidos: desde dentro y hacia fuera, desde el exterior hasta la última partícula de su ser.

No había milagro en la suprema resistencia del federal; porque se ha demostrado que la desesperación es un poder incontrolable, que supera todas las claudicaciones de la fuerza física.

Rock aguantó la humareda, y aun sabiendo que condenaba a Belle a la asfixia, emprendió el último y definitivo recurso en pro de

la salvación.

Podían morir ahogados, sí; pero el humo delataría que algo anormal estaba sucediendo en el coche, parado en cualquiera de las pistas que salen de Nueva York.

Un vehículo, detenido en la carretera, no causa extrañeza a nadie. ¡Si está ardiendo, sí!

El chófer estaba fuera del automóvil, aguardando a que se agotasen las municiones de una pistola y las energías de un hombre.

El gorila tenía una pierna herida, pero, renqueante y todo, estaba decidido a cumplir la misión que le habían encomendado.

Confiaba volver a tomar pronto el volante para llevar a sus víctimas hasta el misterioso poder que ordenó su captura. Era inevitable, la claudicación.

¡El gas, poderoso, acabaría con cualquier resistencia!

Empero, al observar la humareda que salía del blindaje, un sudor frío y viscoso le inundó.

No podía imaginar que, luego de foguearle a él, su cautivo produjese un incendio suicida.

La emergencia era terrible, y no podía permanecer como un papanatas esperando a que el fuego tomase mayor incremento.

Tenía que hacer algo, y pronto; pero... ¿qué? ¡Allí estaba el pavoroso dilema!

Había un extintor de mano en el salpicadero, que no bastaría a cortar el humo delator, que salía envuelto en llamas.

De un momento a otro, el siniestro sería advertido. Llegadas las gentes, surgirían preguntas, y el hecho de encontrar un coche con ventanillas metálicas, bajadas, significaba algo tan inusitado que el ser más idiota de la creación se lanzaría a investigar.

Y parpadeaban, en la lejanía, las luces de un coche; al que seguirían otros muchos.

Ganar tiempo era el mayor imperativo para el maleante; que debía afrontar una de dos soluciones: huir solo y a pie, perseguido como una alimaña hasta por el hombre que le encargó el secuestro, o conseguir otro coche y llevarse de algún modo a los cautivos.

El automóvil que llegaba en cabeza podía servir. ¡Serviría!

El chófer se puso en el centro de la carretera, hasta quedar deslumbrado por los faros del vehículo que llegaba, y se puso a agitar los brazos en plan de torbellino.

Luego de un parpadeo de aviso, y de un chirrido de frenos, un individuo de mediana edad saltó afuera del sedán. ¡Ni siquiera se le ocurrió cortar el contacto!

—¿Qué pasa, amigo? —preguntó—. ¿Se le ha incendiado el carburador?

—Seguramente —contestó el felón—. ¡Ayúdeme, por favor, y hágalo aprisa!

El caritativo se acercó a gran velocidad, para advertir que no era el motor lo que estaba ardiendo, sino el interior del vehículo.

Advirtió tal anomalía al mismo tiempo que el detalle de las ventanas metálicas, y al volverse a interrogar al que le seguía, recibió un salvaje culatazo en el cráneo.

A partir de entonces el malvado chófer procedió de un modo frenético, semejante al automatismo de un robot.

Abrió la portezuela intacta del coche, y sacó a rastras a Disney, que yacía medio muerto en el interior. Pesaba como un plomo, y tuvo que arrostrarlo un centenar de yardas, hasta el vehículo que aguardaría inútilmente a su dueño.

El trayecto se le figuró infinito, en tanto que los pies del federal iban dejando unos surcos paralelos, zigzagueantes, en el asfalto de la carretera.

Al fin, el asesino dejó su carga en el interior del sedán. Iba a volver a por la joven, cuando otros faros de automóviles le recordaron la urgencia de partir.

Pronto se convertiría aquella pista, la secundaria de Pelhara Bay, en un infierno.

—Después de todo..., ¡la joven no interesa! —masculló el bandido, entre clientes.

Se puso al volante del coche robado, y lanzándose a contramarcha, apretó a fondo el acelerador.

Los viajeros que llegaban después, y que se dispusieron a neutralizar el fuego, observaren varias cosas de tipo fantástico.

En primer lugar, había un hombre con la cabeza abierta, tendido de bruces en un charco de sangre. Más adelante apareció una joven bellísima, lívida, abrazándose a un abrigo de garras de astrakán.

Salió del interior de un coche blindado, preguntando por alguien que no era el herido, y...

¡La visión última fue acaso, la más horripilante! Cuando estaban

enfascados en el salvamento de dos seres, y llegaban hacia sus vehículos con la carga —antes de que se produjese la explosión de un motor—, vieron que un sedán salía de un lado del campo y emprendía la fuga.

No llegó por la carretera, sino de entre los árboles que la bordeaban, como viniendo de un sembrado.

Al volante iba un ser con los ojos lanzando llamas y la mandíbula crispada en rictus feroz.

—Se va a estrellar... ¡Oiga!

—¡Cuiden! ¡Es el asesino! —advirtió Belle a los hombres que la socorrían.

El chofer confirmó claramente el extremo, abriendo la ventanilla y lanzando una oleada de metralla.

Uno de los salvadores abandonó a la joven bellísima, que se recuperaba, quedando atravesado en aspa sobre el camino. El otro, el que remolcaba a un ser agonizante, tuvo más suerte: pudo contar, minutos después, que un loco vesánico los había atacado, mientras conducía a gran velocidad con los faros apagados.

Pudo recordar incluso la matrícula: era de esos seres privilegiados y metódicos, cuyo cerebro es como una cámara fotográfica.

Lo malo es que el número del vehículo no iba a servir de nada pues fue robado al mismo infeliz que transportaba con el cráneo partido por un culatazo.

Rock había encontrado el reverso de su medalla; el antagonista que podía imponer el terror en Nueva York y en cualquier otro lugar del mundo.

Cayó en manos de un ser poderoso y temible, al que obedecían docenas de esbirros con fidelidad perruna y ciega devoción.

El federal, actuando en plan de lobo solitario, iba a ser entregado como una mercancía al hombre cuyo influjo pretendía minar.

Disney se hallaba en un estado próximo a la inconsciencia total, pero no dejaba de percibir ciertas sensaciones físicas.

Entre las mentales, sobrepasando la atonía y el dolor físico dominando el terrible ardor en las mucosas y el ansia de respirar aire puro, bullía una idea a modo de bálsamo confortador:

—He salvado a Belle... ¡La he rescatado!

IV



O me extraña que diese guerra. ¡Vaya angelito!

Rock estaba inmóvil, de pie, y preso de la forma más paradójica en un policía. Sortijas de acero le sujetaban los dedos pulgares, que al menor movimiento le producían un dolor lacerante.

Gotas de sangre salpicaban el suelo, copiosas, y muy pronto quedarían al descubierto los huesos. La carne congestionada de las extremidades amenazó estallar los pulpejos mártires, pero había encontrado paso en la desviación de las heridas y en el chorreo del líquido vital.

Un federal esposado por aquel procedimiento bárbaro y de resabios medievales.

La enormidad era patente, y aún la hizo más acusada el hombre

de rostro anguloso. Lleno de arrugas, que le observaba con aire satisfecho.

—Me recuerda un oso, sujeto por la anilla de la nariz. ¡No podrá escaparse, aunque lo dejáramos suelto en el parque!

—¡Espero que no lo haga, jefe! —suplicó el chófer cojitranco—. Es muy peligroso, y si piensa despacharlo, quiero que me dé el placer de pasarlo.

—Tú lo guardarás, de momento —sentenció el tipo de las arrugas, que parecía una momia viva—. Luego... ¡ya veremos! Acaso haga un viajecito donde no pueda hablar.

La cara del gorila se distendió en lo que pretendía ser una mueca beatífica, y que resultó tan infernal como la alegría del demonio.

—Yo seré el encargado de hacerle dar ese viaje —asintió—. Será muy largo, y lo colocaremos esta vez encima del Empire State.

Rock dejó de ser motivo de curiosidad para el hombre del millón de arrugas.

Encarando con torvo ceño al «gángster», le amenazó entre indignado y sarcástico.

—Guárdate de hacerlo, de momento. ¡No convendría mucho a tu salud, «Cáncamo»!

Rock se limitó a guardar silencio y quietud.

Esperaba y temía multitud de preguntas, pero no le habían hecho ninguna.

El hecho extrañó al hombre que, ostentando la falsa personalidad de un confidente, debía ser sometido a una especie de tercer grado entre el hampa.

A poco se quedaba solo con su más frenético enemigo.

Ambos se hallaban en el centro de un cuarto grande, vacío de mobiliario, y frente a unos ventanales que daban sobre la extensa mancha verde.

Arboles copudos, centenarios, se alzaban fuera de la casa como ofreciendo un espejismo de libertad.

Aquel edificio era un simple pabellón abandonado en una finca inmensa. Según había dicho el jefe, se hallaba allí tan «libre» como en pleno desierto de Gobi o en el casquete polar.

—Anda: haz ahora uno de tus juegos malabares —pidió el llamado «Cáncamo», acercándosele con engañosa afabilidad—. Enséñale a papá mío de tus maravillosos trucos...

—¡Vete al diablo! —refunfuñó Disney.

Aquel comentario tenía poquísima importancia; pero el chófer guardaba en su interior una furia tumultuosa, Infinita. Cualquier palabra del cautivo tenía que desbordar la copa de su amargura, y así hubo de ser en aquel momento.

Avanzó, cerril, hacia el que había dificultado la tarea del secuestro y que le puso a unas pulgadas del fracaso.

—¡Tú te callas! —saltó—. Aquí no habla sino el jefe, y yo que soy su segundo. Para que vayas aprendiendo..., ¡toma!

Largó un patadón fenomenal a Rock, que se limitó a esquivarle. Empero, el hecho tuvo una curiosa resultante.

«Cáncamo» se había olvidado momentáneamente de que una de sus piernas estaba herida.

Al eludirle el federal, quedó girando en el aire, quedando ridículamente caído en tirabuzón.

Una carcajada espontánea premió lo que parecía el paso de un «*ballet*» futurista.

Levantándose, con el rostro arrebatado de ira, el chófer se acercó a Rock, al modo de un basilisco.

No estaba dispuesto a matar todavía, pero sí a dar un feroz castigo al hombre que le había burlado ya un número infinito de veces.

—Después de todo —masculló, como para sí—, nada me costará decir que pretendías escapar.

Y se lanzó como un exprés al que se han roto los frenos.

El federal aguardó a pie firme la embestida, sin pretender siquiera escabullirse.

El que embestía como toro desmandado llegó hasta él, seguro de que el preso no se atrevería a realizar el menor acto hostil.

«Cáncamo» observaba las piernas apuntaladas de su enemigo, y por la postura en compás de las mismas comprendió que el peligro de una patada debía desecharse.

El prisionero aguardaba el testarazo de un modo fatalista, y... ¡conforme estaba esposado, no podía hacer nada por contener la caída!

Cualquier intento con las manos le causaría un dolor fortísimo. Acaso, si había suerte, gravitara todo el peso de su corpachón sobre los dedos aherrojados en el cepo de tormento.

Empero, Rock no estaba dispuesto a caer.

Por ello, precisamente, abrió las zancas en aquella postura para aguantar el envite y estudiando con atención la acometida del tipo bestial.

Cuando llegó cerca de él, a sus inmediaciones, alzó les puños y se dispuso a resistir «la prueba del fuego».

Los pulgares estaban lejos del puño monstruoso, doble, y ocho dedos bien ligados cayeron a una sobre la testuz de «Cáncamo», buscando su cerviz para ensayar la suerte del descabello.

Era un albur decisivo, temerario; pero así había visto Rock Disney actuar a algunos diestros en México.

—Allá va, y brindo a la presidencia —dijo.

Las dos manos cayeron perpendiculares, con efecto de maza. Se oyó un crujido, cierto embrión de grito inarticulado, y el carcelero se desplomó como una cosa blanda, sin músculos ni huesos.

El federal tuvo que dar un salto de costado para que el desplome del ser no le pillara en su camino.

«Cáncamo» quedó boqueando en el suelo.

En el acto. Rock se precipitó sobre él por segunda vez, y empezó la tarea más doloroso y difícil: la de registrar sus ropas y bolsillos, empleando ambas manos a la vez, en una búsqueda sistemática y llena de repercusiones dolorosos.

La verdad es que el policía no se entretuvo en registrar las prendas con minuciosidad.

Volvió el forro de los bolsillos, desparramando las pequeñeces que el tipo guardaba con rijosidad de avaro.

Los billetes de un bolsillo del pantalón fueron desdeñados. Más cuando apareció una llavecita. Rock no supo contener un grito de alegría.

El arma que el tipo llevaba en una pistolera fue recibida también con todos los honores.

Coger la llave caída en el suelo no costó al cautivo tanto como colocarla en el agujero de las esposas, valiéndose de los dientes como dedos de repuesto.

Girarla fue más difícil, lento y angustioso, pero, al fin, un «clic» liberador sonó cuando el goteo de la sangre se hacía más copioso y espectacular.

Rock estaba suelto en el feudo enemigo.

De inmediato se apoderó del arma del contrario, y ya desdeñaba la cartera bien provista del tipo, cuando tuvo otro pensamiento.

Fué maravilloso que reaccionase así, en plan de hampón y no de federal.

«Acaso tenga documentación —pensó en voz alta—. De cualquier modo, es un botín de guerra».

«Un policía no se queda con lo ajeno», y tal pudo ser la pifia de Rock. En cambio, un individuo a la caza de noticias —ávido de dólares— no desdeña cualquier saqueo.

Portarse honradamente, actuando como malhechor, era una clase de error que no perdonaba nunca el inspector Brogan.

Ya libre, aunque sintiendo dolores vivísimos en los dedos pulgares. Rock abrió una de las ventanas y se dirigió al seto verde que rodeaba el «*bungalow*».

Lejos, a la izquierda, se alzaban las verjas de hierro que debía remontar, buscando la escapatoria.

El joven se echó a reír, porque nada estaba más lejos de su intención que huir en aquel trance.

«Fingiría hacerlo», lo cual es la reacción lógica y sensata de todo prisionero.

Necesitaba dejar huellas sangrantes en dirección a la verja para que los que se lanzaran en su persecución encontrasen el rastro de su paso.

Después, su plan inmediato era restañar de algún modo la sangre que le manaba de los dedos y volver a la lujosa propiedad de los bandidos para seguir su labor de policía.

Dejaba la falsa impresión de la escapada, pero por nada del mundo hubiese huido cuando estaba sobre la buena pista, a punto de descubrir quién era el hombre del rostro apergaminado.

Minutos más tarde se podían ver huellas de sangre en algunos barrotes y un fragmento de tela en las puntas de lanza que remataban la verja.

Con un suspiro. Rock desistió de seguir dejando rastros fuera de la finca, y volvió al emporio de los malvados por un camino de gravilla y cascajo.

Allí no quedaban marcas de sus pisadas, y los dedos heridos estaban bien vendados ya, con sendos pedazos de pañuelo.

La casa principal era el objetivo del policía. Desdeñó el pabellón

donde fue presentado como fenómeno de feria, y sus movimientos tuvieron la suavidad silenciosa del paso de un reptil.

Con el corpachón encorvado, reducido al mínimo de expresión, llegó a las inmediaciones de la casa grande y estudió ávidamente el terreno.

¡Aquello era un palacio, y no los que se ven en las películas!

La tramoya no intervenía en absoluto en la esbeltez de sus líneas, en la sólida prestancia de columnas y escalinatas, en los muros de líneas clásicas y estilo georgiano.

El mármol tenía relumbrón de pulimento y denunciaba un cuidado casi religioso hasta fecha no muy lejana.

En la actualidad, algunas briznas de hierba crecían en los senderos, «demostrando que los jardineros habían marchado de la finca, y con ellos sus dueños auténticos».

La mente analítica del federal sabía encontrar detalles de información feraz —o de hábil despiste— en lo más mínimo, y el cuerpo era como una máquina de batalla puesta en movimiento.

El pistolón rescatado al gorila estaba en poder de Rock, luego de comprobar que poseía una carga de munición. Sin embargo, el federal no pensaba utilizarlo, reduciendo las posibilidades de victoria hasta el último extremo.

No había llegado a la casa en plan de justiciero, sino de espía. ¡Eran informes lo que precisaba y no cadáveres!

Si hubiese dispuesto de su equipo de emergencia, Rock habría hecho una conexión telefónica de las líneas que descendían hasta un cajetín, y adaptado un casco auditivo para enterarse de las conversaciones mantenidas desde aquella casa con el exterior.

Así, tuvo que limitarse a forzar una ventana, y por las desiertas habitaciones de servicio penetró en el edificio solitario.

Por todas partes vio señales de una vida muy limitada en lo doméstico y nuevos detalles de abandono. El auténtico servicio no existía en aquella lujosa guarida.

Cada una de sus vueltas y revueltas, eligiendo pasillos o desdeñando escaleras principales, fueron obligadas para no ser visto por algún posible centinela.

Rock llegó con bastante retraso al piso primero y apenas tuvo tiempo de esconderse detrás de unos cortinajes cuando oyó ruido de pasos y de voces.

El hombre arrugado llegaba, hablando con su característico ceceo, y un cómplice le acompañaba.

Era el modo del secretario particular que toma notas mentales.

—No estaba —informó el de la piel abolsada—, pero dejé aviso y se pondrá en comunicación con nosotros en cuanto que regrese.

—Debía mandar unos cuantos muchachos de la segunda escala, Jasper.

Aquello de la «segunda escala» no lo entendió bien el policía; pero le fue fácil imaginar que el ser atacado de elefantiasis no era el jefe del «gang», sino que acudía en busca del «cautivo» para someterle a redoblada vigilancia.

En el «*bungalow*» no había teléfono, y la primera misión del tal Jasper fue avisar que la presa estaba en su poder, guardada de cerca por un hombre armado.

Ergo: aquella lujosa mansión no era el principal refugio de la banda, ni el único.

Rock no se había equivocado al asegurar a Mike Erogan y a los chivatos que allí se barajaban dólares en fabulosa cantidad.

Lo curioso sería ver la reacción del segundón, al comprobar que Rock se había escapado.

Al federal no le interesaba salir al exterior, exponiéndose a ser visto, y se encaminó al piso más alto de la finca.

Allí encontró un balconaje, desde donde podía ver llegar a la pareja al pabellón solitario, ya que se divisaba de un modo magistral su puerta y los alrededores.

Rock descolgó un teléfono, y escuchó por él.

No se oía nada, como es lógico y natural en una casa vacía; pero por ciertos zumbidos se dio cuenta de que la instalación de aquella casa es de las que permiten sorprender las conversaciones mantenidas a través de otros aparatos.

Bastaba desconectar un cable del receptor y engancharlo en otra de las bornas. Aquello era una cosa elemental para un estudiante de Quántico.

Cuando Rock terminó su operación, vio que la furia del tipo arrugado adquiriría ápices de locura. Pudo dar testimonio de ello desde su atisbadero, bien protegido por la oscuridad en el balaustre de una regla balconada.

El que acompañaba al segundón no se mostraba tan furioso,

pero su actitud silenciosa y eficaz demostraba, sin palabras, que temía la violencia del acompañante.

Los dos hombres corrieron en pos de las huellas de sangre dejadas por Disney. Llegaron hasta la verja por donde gateó realmente el joven y advirtieron el pedazo de tela que Rock puso a modo de pista, burda y velozmente amañada, sobre la marcha.

Luego, renunciando a seguir al «fugitivo», los miserables llegaron hasta el lugar donde se hallaba el llamado «Cáncamo».

—O mucho me equivoco, o le van a dar una buena somanta —musitó Rock—. ¡La merece, por asno!

Realmente, se equivocaba, y mucho.

En el reducido pabellón se oyó un disparo, y a poco los dos hombres salieron, arrastrando un cuerpo por el césped.

Rock tuvo que sentir el dolor de los pulgares al aferrarse al balcón para comprender que no soñaba.

En el «*bungalow*» había tenido lugar una ejecución fulminante, sumaria, sin el trámite de usar el teléfono de la finca para pedir instrucciones.

Al parecer, el «boss» que actuaba en la «segunda escala» tenía concedidos plenos poderes para disponer de la vida de un hombre.

Al cabo de unos minutos, los asesinos reaparecieron con las manos vacías.

Acaso habían arrojado el cuerpo de «Cáncamo» en una fosa, ya preparada para Rock, o tal vez lo habían metido en alguna cámara de incineración, donde se consumiría lentamente, sin dejar rastro.

Disney pensó que debía hacer algo en cualquier sentido, antes que perder la prueba que colocaba a los poderosos bajo el dominio de la Ley[3].

El testimonio de Rock no valdría frente a un abogado hábil, ducho en toda clase de triquiñuelas.

El federal iba a salir de su escondite, dispuesto a todo, porque recordó la última amonestación de su jefe, el disciplinario Mike Erogan. Le había acusado de secuestrar pruebas a la Ley. Una nueva se le escapaba de entre las manos.

Empero...

¿No sería el asunto algo relacionado con la esfera de influencia de la Metropolitana? Si resultaba así, que los polizontes rivales buscasen cuanto quisieran.

Por aquella vez, al menos, el
F. B. I.
se inhibiría.

A Rock sólo le interesaba llegar a la cabeza rectora de la pandilla, desdeñando los crímenes parciales que cometiesen los segundones. Errado o no, estaba actuando, por el momento, en plan particular.

Vería lo que sacaba en limpio de todo aquel enredo, a modo de una simple máquina fotográfica.

Como esperaba, los desalmados se dirigieron hacia la casa principal. No había otros cómplices allí, pues no dieron una sola voz de aviso o de contraseña al llegar a la regia gazapera.

Rock se acercó al teléfono que tenía «preparado», y se dispuso a escuchar.

No equivocó los cálculos. Antes al contrario, jamás se bendeciría a sí mismo lo bastante por disponer aquella treta, ni siquiera cuando le echaron el yugo frente a la dinámica y apetecible Belle.

La conversación que oyó a poco por el aparato conectado no tenía el mínimo desperdicio.

Lo malo es que no podía identificar visualmente al otro interlocutor, al que en su fuero interno bautizó con el apelativo de «el tercer hombre».

¿Era el «Silenciador», en efecto, o simplemente otro engranaje de una cadena infinita, de la maquinaria del crimen? Su voz, al menos, no la olvidaría nunca.

—Busque al señor, Lewis; dondequiera que esté. ¡Es urgentísimo!

Hubo una pausa, roía por breves comentarios que hacía el que estableció la comunicación telefónica.

Sin duda hablaba con el otro, cómplice o matador del infeliz «Cáncamo», en tanto que era localizado el misterioso individuo al que ambos servían.

Tal vez estaban fumando los dos, tranquilamente, luego de pasaportar al hombre que, cerril y vengativo y ciego, los sirvió con perruna fidelidad.

Al cabo de unos momentos, sonó en el otro extremo de la línea una voz fría y dura, sibilante.

Rock tenía temple, y sintió un espeluzno al recibir en su cerebro

las ondas malignas.

—¡Diga!

—Soy yo, jefe —habló Jasper, y el federal comprobó que sus deducciones fueron acertadas en aquel punto.

—¡Bien! Informe con brevedad y sin mencionar nombre. Estoy en una fiesta de sociedad, y la cabina inmediata a la mía está siendo utilizada en este momento.

La voz del arrugado sonó sigilosa, llena de unción.

—«C» actuó en principio como estaba previsto, pero el invitado produjo un contratiempo, y tuvieron «panne» en el camino. ¡Se necesitó tomar prestado otro coche!

—Eso no tiene importancia. ¿Llevó al amigo a la casa?

—Sí, y acaso fue lo peor. El hombre no debió estimar en mucho nuestra hospitalidad, y se marchó.

Siguió un silencio denso, preñado de amenazas. Luego, la voz sibilante pidió aclaraciones.

—Hable sin tanto eufemismo. La parlanchina señorita de al lado se ha ido ya... ¿Qué ha ocurrido, realmente?

—Pues verá, jefe. «Cáncamo» estaba armado, y el soplón con un par de esposas miniatura, sangrando como un cerdo por ellas. Luego, al regresar Lewis y yo al pabellón, después de intentar comunicar con usted, vimos al bestia de Jim inconsciente, con todos sus efectos desparramados por el suelo. El cautivo había salido por una ventana, y tenemos pruebas de que gateó por la verja, escapando...

—¡No pudo hacerlo si estaba esposado! —comentó el «boss», dando muestras de una gran agilidad mental. ¿Tenía «Cáncamo» la llave de los grilletes?

—Sí —articuló el arrugado, como en un sople.

—¡Mal hecho! —Abandonen la casa inmediatamente, y que «Seisdedos» vuelva a localizar a ese tipo y lo silencie. Podría tolerarlo si nos hace objeto de extorsión, pero no que viva un día más. Causando desastres. ¡Al diablo la curiosidad!

—Se hará, jefe.

—Éste es el segundo de sus errores, Jasper —siguió la voz de mando—. Yo quería que se le hubiese liquidado, sin más, y usted se empeñó en que lo interrogásemos... ¡Procure, a la tercera vez, encontrarse a muchos miles de millas de distancia!

Sonó un seco chasquido, y Rock pudo percibir un suspiro antes de que el llamado Jasper colgase el receptor.

Realmente, el federal no estaba menos aturdido ante lo que acababa de interceptar.

«Seisdedos» era el cazador de delatores, en el Chinatown.

El hombre de los chirlos era un traidor enquistado entre soplones; el mismo que acusó a Disney de poder ser cómplice del «Silenciador» en el refugio del hampa... Resultaba increíble.

—Menos mal que pude contenerme —murmuró el joven, al abandonar su teléfono fuera de la horquilla.

No se refería a la animosidad surgida entre él y el coloso, en la primera entrevista y de un modo intuitivo por ambas partes.

Cuando realmente se contuvo, haciendo un verdadero esfuerzo, fue al escuchar la conversación y al oír al de las arrugas que estaba sangrando «como un cerdo».

Aquella expresión, un tanto liberal, estuvo a punto de ser cortada por Rock en uno de sus involuntarios alardes.

Por suerte, no lo hizo, y dejó en silencio la frase que hubiera formado un verdadero caos en la conferencia telefónica. De hablar, habría dicho algo parecido a éstos.

—El cerdo está también al aparato, chicos, y os va a chafar las narices poco a poco.

Aquel despalnte no se lo hubiera perdonado Mike Brogan, y por eso Disney se tragó las palabras y la furia.

Tal desahogo hubiera sido más suicida que gatear por el brazo de la estatua de la Libertad, para coger el cuerpo de un soplón puesto a inverosímil altura.

V



LOS cinco adictos del primer momento se habíais convertido en una decena.

Todos estaban contemplando, horrorizados, las heridas que Rock mostraba en los pulgares. También estaban, dispuestos a creer lo que el joven les refiriese, con semejantes pruebas: era un glorioso superviviente del espectacular secuestro que, por segunda vez en una semana, hizo gemir las rotativas de la ciudad y de todo el mundo.

Había sido raptado en el coche de Al Capone, y lo tenían vivo y activo entre ellos.

Sin embargo, la afirmación del federal los dejó fríos; llenos de pasmo e incredulidad.

La mayoría de los confidentes le miraron con aire de sospecha, y hubo uno que le escupió a la cara su cruda opinión:

—¡Mientes! Ray «Seisdedos» no puede ser un espía a las órdenes de ese criminal.

El matasiete no estaba en El Café del Negro, pero su poderoso influjo se hacía notar entre la chusma.

Rock siguió, imperturbable:

—¿Os acordáis de mi promesa? ¡Dije que lo que uno de nosotros averiguase pertenecería a la comunidad! El secreto no debo achantarlo para mí solo, y os lo digo. Respecto a ti —añadió, dirigiéndose al que le desmentía—, pronto has de ver cómo reacciona el delator... ¡Pienso acusarlo delante de todos vosotros!

Otro chivato quedó hartito convencido de la afirmación del joven. Acaso albergaba ciertas pruebas en su interior, que le ayudaron a elaborar la difícil conclusión.

—¡Yo creo a Rock! —dijo, encarando al del mentís—. Me acuerdo que Ray, una vez...

—¡Silencio! ¡Ahí llega! —siseó otro de los soplones.

La puerta del tabuco se abrió violentamente, como avisando la presencia del enjuiciado.

«Seisdedos» miró hacia la mesa atestada de tipos, abyectos, con evidente sobresalto al contemplar a Disney.

Luego, trató de aclarar con algo parecido a una sonrisa el rostro innoble.

—No le digas nada, aquí —aconsejó uno de los seres-babosa—. Vamos a darle el paseo: somos una docena.

—Haremos algo mejor. Estrujarle, ya que es el portador de las noticias —afirmó Rock, sigiloso—. En cuanto que se vea condenado a muerte, nos llevará al sitio donde suelen pagarle los informes. Y no lo olvidéis: solos, no somos nada; unidos, «el Silenciador» se tentará la ropa antes de atacarnos, y pagará.

—¿Qué estáis urdiendo? —preguntó el de las cicatrices, acercándose con aire feroz.

Luego, comprendiendo que su propia actitud le traicionaba, tendió una de sus zarpas a Rock, en gesto falsamente amistoso.

—¡Hola, Rock!... ¡Me alegro de verte! —saludó.

—No puedo darte la mano —dijo el federal—. ¡Mira cómo me han puesto unas argollas de dedo!

En beneficio de sus amigos, que no del recién llegado, continuó hablando el federal.

En realidad sólo repitió sus palabras anteriores, mientras que una docena de pares de pupilas, cargadas de odio, estudiaban la fisonomía del que hasta entonces había sido rey del cotilleo.

No era sólo brutalidad y bajeza lo que albergaba Roy en su interior. Por el contrario supo percibir a maravilla la atmósfera hostil; que gravitaba a su alrededor, y sus mandíbulas crujieron más de una vez durante el relato de las aventuras de Rock.

Al final, su reacción fue la lógica y natural del hombre que deriva hacia la sospecha.

—No creo una palabra de esa patraña —expuso, ceñudo—. Más bien, y como dije al principio, sostengo que eres un cómplice del que llamas «Silenciador». Lo del secuestro fue un plan bien estudiado para hacernos caer a todos en tus redes.

El contraataque no carecía de talento, dada la precipitación con que fue preparado.

Algunos de los que fiaban en Rock, volvieron a mirar al joven con aire de sospecha.

La cuestión sólo se podía zanjar con nobleza, y Rock no vaciló un instante.

Sacando el pesado pistolón que perteneció a «Cáncamo», lo puso sobre la mesa de conferencia donde se sustanciaba nada menos que el fin de un reinado y de una vida.

—¡Ésta perteneció a mi raptor! —dijo—. No os cuesta nada seguirme, y encontraréis su cuerpo cosido a tiros. Un asesinato, aparte de otros delitos de cuantía, es suficiente para avalarme; sobre todo cuando opongo los puños a un traidor.

—¡Vamos! —sentenció el que había dudado de las acusaciones del federal—. Este hombre nos ofrece noticias que valen dinero, Roy. ¡Tú, en cambio, lo único que haces es quitárnoslas!

Nunca se hubiera atrevido a enfrentar a «Seisdedos», estando solo. Junto a sus compañeros, se consideraba capaz de hacer cara a toda una patrulla de la Metropolitana.

El individuo no era un asesino, sino un delator; pero alguien estaba demostrando palpablemente que la vida del gremio estaba en peligro.

Tampoco resultaba sospechoso el joven que ofrecía pruebas de

lealtad, y posibilidades, a diestro y siniestro.

Roy quiso negarse a formar parte de los exploradores, más cuando vio que la evasiva era imposible, pretendió acercarse a la cabina telefónica.

—Voy a llamar a mi casa —dijo.

Al ver que era seguido de cerca por sus antiguos súbditos, y que la actitud de éstos era amenazadora, desistió.

El pánico empezaba a brillar en las pupilas del coloso, dándole el aspecto de una bestia perseguida.

Él grupo salió a la calle, entre las sombras de la noche que se tragaban casas y gente en el barrio maldito.

Tres taxis fueron contratados a la cuenta de la comunidad, y trece seres —con un Judas entre ellos— se apretujaron en su interior para dirigirse hacia el Norte.

Rock había localizado la existencia de la finca solitaria, y guiaba sin la menor vacilación.

En cambio, Ray palidecía más y más, como el reo que avanza camino de la silla eléctrica y no fía en la posibilidad del indulto.

Media hora después, los vehículos vomitaban a sus ocupantes al pie de la verja que debían escalar.

Los chóferes, al ver la tarea a que se dedicaban los viajeros, se pusieron de acuerdo para regresar a la ciudad; sin ocurrírseles pedir el importe de un servicio a los que podían pangarles con píldoras de plomo.

—Yo no sé gatear —dijo «Seisdedos»—. Me quedaré fuera, con alguno de vosotros.

—¡Tú pasarás, nene! —le siseó un compañero—. Entre todos podemos separar dos de estíos barrotes, y hacer hueco para el resto.

No se dispuso a colaborar. Sacó un revólver de tiempos de la colonización, y apuntó con él, fríamente, al estómago del traidor. ¡Su pulso no temblaba!

La idea no era mala, y Rock se agarró a uno de los barrotes en plan de garrapata. Sus dedos pulgares no tomaron parte en el empeño.

Tres o cuatro de los felones hicieron una labor semejante a la suya; estorbándose unos a otros y sudando como cimarrones.

¡A poco, el paso estaba libre!

Como seres de pesadilla, que se filtran entre la niebla irreal del

sueño, a usanza de fantasmas o íncubos, los delatores y el federal pasaron al interior del parque, adentrándose en la finca que se alzaba solitaria y silenciosa, siniestra.

Las sombras vivas se fundieron en las del parque, tan apretadas, que no había posibilidad de que se desperdigara una sola.

La procesión de seres sin rostro avanzó, guiada por Rock, y no hubo uno solo que temiese ser arrastrado a una encerrona.

La fe que mueve las montañas guiaba al conjunto sigiloso, dispuesto a ver.

Todos sus miembros estaban realizando trabajo, pues la labor del soplón consiste en enterarse de cosas, para explotarlas más tarde. No les imponía un hombre muerto, por muy horrible que fuera su aspecto; por el contrario, el que más y el que menos, hacía planes risueños para el porvenir.

Rock mostró el hallazgo: allí estaba, escondido entre unas matas y hasta que hediese.

«Cáncamo» tenía un balazo atravesándole el rostro; con los ojos fundidos en la rigidez de la muerte, como vueltos e implorando una tardía clemencia que no llegó.

¡Allí había un muerto que reclamaba justicia, sin gestos ni voz, y muchos miles de dólares taparían las bocas de los que iban a lanzarse sobre la pista de los matadores!

—¡Fantástico! —dijo alguien—. Ahora sólo nos falta apretar las clavijas a Ray, y que nos diga quién es su alquilador. ¡Ordeñar al «boss» será cosa fácil, para nosotros!

—¡Yo no sé nada! —gritó el culpable—. ¡Este hombre es el verdadero asesino, y un farsante!

—¡Lo soy! —Fue la extraña respuesta del federal—. ¡Has acertado por una vez, hombre!

Los que se disponían a fulminar a Roy se volvieron, como basiliscos, hacia el que admitía como cierta su culpabilidad.

Varias armas de fuego, y navajas, salieron inmediatamente de los bolsillos, y el federal se echó a reír de un modo entre cínico y desenfadado.

Voces, e insultos, jalaron el silencio de la noche con amenazas mortales.

Entonces, Ray se encontró liberado —repentinamente— de la atención de los otros. Comprendió que aquélla era su única

oportunidad y escapó a correr, como alma que lleva el diablo.

Cayendo y levantándose, en un frenesí que tenía mucho de bufo, embistió hacia el lugar de la verja por donde recordaba confusamente haber pasado, confiando encontrarlo.

No lo halló. Estaba muy ofuscado, y perdió preciosos minutos en la búsqueda.

Luego, y como no oyese tiros ni voces a su espalda, aniquilando al odiado ser, el terror le subió del pecho a la garganta, amenazando ahogarlo.

Se puso a gatear por la verja; pero sus manos estaban sudorosas, y resbalaba hacia tierra, como un fruto maduro, dando gritos y alaridos al pensar que en breve sería perforado por multitud de balazos.

—¡Soy un farsante, pero leal! —indicó Rock a los que le enfrentaban—. Sigo a vuestro lado como el primer día, y nunca os defraudaré. En cambio..., ¡mirad cómo galopa vuestro «amigo»!

No era necesaria la aclaración del joven; se manifestaba tal contraste, entre el proceder de uno y de otro cómplice, que ello era de por sí suficientemente explicativo.

Rock no había hecho un solo ademán hostil, y, en cambio, «Seisdedos» delataba un pánico infinito.

Ray podía hacer frente a un hombre, con arrestos de majeza; pero ante una docena de vengativos, se portaba como el cobarde que era, un traidor de la más baja ralea.

Su actitud, subiendo y bajando la verja a modo de fantástico ludión, estaba tan ilustrada como un libro de cuentos.

—¿Por qué has dicho eso? —renegó Harpy Soofite, el indeciso—. ¡Explícate, y hazlo pronto!

—Elemental, muchacho —contestó Rock, de buen humor—. Matándole, perdíamos el dinero y la pista. Siguiéndole, él mismo nos llevará hasta la guarida de su jefe.

—¿«El Silenciador»?

—No. Tal vez el que me hizo traer aquí, y cuyo rostro parece un muestrario de arrugas. El que da las órdenes a Jasper pica muy alto; pero algo es algo. ¡Andando!

Dando un rodeo, la pandilla salió del edificio por la verja apañada para el escaló.

Dentro de ella aún, rebotaba y gemía, perdidas sus últimas

fuerzas, un traidor.

—Jalonaremos la ruta para seguirle, cuando salga —explicó el federal a sus socios.

—¿Y si le perdemos de vista?

—Vosotros tenéis que saber dónde vive. Somos bastantes para seguirle a cualquier otra parte. ¿Está comprendido?

—¿Qué estrategia? —murmuró Notan, «el hebreo», admirado—. No cabe duda que la sociedad, con el nuevo capitán, va a constituir una mina de oro.

Los demás mangantes y correveidiles estuvieron de acuerdo.

Así, mientras Ray intentaba salir, «para huir de sus enemigos», los adversarios estaban ya fuera de la finca, distribuyéndose con arreglo al plan perfilado sobre la marcha.

Cuando la luz del día batallaba centra las sombras rezagadas, el traidor encontró al fin el modo de salir de la propiedad. No volvió una sola vez la mirada hacia atrás.

Estaba tan lacio y derrengado, que no había en su cuerpo un adarme de energía.

Era como un muerto, caminante, que hediese a cadaverina en busca de la sepultura.

Su cerebro, febril, guardaba una sola idea a modo de obsesión.

Llegar hasta un misterioso refugio, sólo conocido de él, y desplomarse allí.

Estando seguro, y teniendo la posibilidad de reposar días enteros, el jefe sabría lo que era más adecuado en aquella emergencia.

Era fantástica la depresión que agotaba al tipo. Disponía de dinero, y no se le ocurrió tomar un coche para hacerse transportar al escondite.

Estaba materialmente deshecho; como si hubiera pasado sobre él un aluvión de piedras, encima de las cuales gravitase el rulo de una apisonadora.

De haber visto a los que le seguían, disimulándose con su habitual sagacidad, no hubiera encontrado reservas para eludirlas, o gritar, o implorar perdón.

¡Estaba físicamente anulado, aunque esgrimía la pistola!

Llegó, al fin, a dónde iba. Llamó a la puerta de una casa con desmayado gesto, apoyándose en el pulsador que repetía en la

mansión un sonido estridente, rabioso.

En la penumbra del amanecer empezaron a encenderse luces, y el perro de un vecino ladró con furia, agitando cadenas y carrancas.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—Soy yo, Lewis —habló el traidor, desfallecido—. Quise aniquilar a ese miserable, y a poco me matan. ¡Han estado siguiéndome toda la noche!

—¡Vete! —dijo el segundón de Jasper, con aire despectivo—. Vas a poner en punta a toda la vecindad.

—¡No! —gritó Roy—. Necesito pasar y tomar descanso. El cuerpo de «Cáncamo» ha sido encontrado, y mañana...

A las voces que discutían se unió otra, que añadiría a su última palabra un punto final.

Sonó un pistoletazo, y el corpachón del coloso retrocedió ante el impacto del plomo.

Después se desmoronó el que solicitaba refugio, quedando atravesado y en actitud dramática «del otro lado del escondite que pretendía alcanzar».

El perro ladrador aumentó el diapasón de sus protestas, convirtiéndolas en aullidos.

—¿Estáis viendo, chicos? —siseó Rock a los que le acompañaban—. Ahora, moved las tabas y dirigíos a vuestros domicilios. ¡La «Bofia» no tardará en llegar!

—Ya nos vamos —admitió Soofite.

—¿Cuándo nos vemos, para concertar un plan de ataque? —quiso saber el judío.

—Acaso mañana —dijo el federal—. Sobre todo, no haced chantaje aisladamente. Ya estáis viendo cómo paga el diablo...

Las sombras de los confidentes se fundieron en la niebla, en dirección a distintos puntos del Bronx; en busca de taxis o del primer convoy del elevado.

Algunos se reunirían en un cafetín, para comentar los sucesos de aquella noche ante succulentos desayunos.

¡La cosecha se anunciaba prometedora, y ya tenían algo positivo sobre lo que tender las garras de la codicia!

Acababan de ser testigos de un asesinato a sangre fría, con todas las agravantes. No necesitaban que nadie les dijese que aquello era una buena coyuntura.

El que disparó a boca de jarro sería rastreado de un extremo a otro de la Unión, y en adelante su vida se convertiría en un interminable calvario.

Cuando hubiese perdido sus últimos dólares, aún tendría agarradas a él las ávidas sanguijuelas. Eso eran los delatores chupópteros, bocas insaciables con la amenaza de convertirse en altavoces.

«El Silenciador de confidentes» acababa de recibir el cambio de su propia moneda.

Osó desafiar a un federal, y el dinámico joven estaba arrojando fuego y humo a la puerta de sus cómplices.

Disney no aguardó a que llegase algún «cop» de la Metropolitana. Casi temía que sucediese así.

Cruzó la calle, al ver que la sombra del último chivato se diluía en la distancia, y se acercó al lugar donde yacía despatarrado y sin vida Ray «Seisdedos».

No había llegado a usar su famosa «Luger», aunque la mantenía empuñada, en aquel trance.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Rock al asesino, que le observaba desde la parte de dentro—. ¿Intentaron hacerle víctima de un atraco?

—¡Así es! —dijo Lewis—. Haga el favor de llamar a la Policía, joven: yo estoy solo en la casa.

—No hace falta, señor —dijo Rock—. Yo soy policía...

Pareció ruborizarse, como si su juventud fuese algo nocivo para un cargo tan serio.

—¡Pase, entonces! —Autorizó Lewis, el propietario de la finca—. Estoy seguro de que hará usted carrera, joven: las personas activas y madrugadoras suelen prosperar.

—No es ésa la opinión de mi jefe —admitió Disney—. Hace poco me decía que soy un atolondrado, sin pizca de talento.

Bendiciéndose por la llegada de un novato, el homicida abrió de par en par las puertas de su casa.

Rock se encontró, así, con el hombre que había acompañado al muestrario de arrugas en la tarea de ultimar a «Cáncamo».

Sacó papel y un lápiz del bolsillo, y empezó a redactar el informe del modo más torpe del mundo. Lewis se frotaba las manos, mientras iba facilitando datos al agente.

—Sacaré unas copas —dijo el matador—. El miserable se abalanzó sobre mí, y estuvo en poco que no me despenase. Por suerte, tengo un pistolón en mi poder, y lo llevaba en el bolsillo. ¡Todo está a mi favor!

—No lo dudo, vecino —dijo Disney, escribiendo sin quitarse los guantes—. Hay muchos hoteles por ahí, y algo retirados. ¡Dispense! ¿Cómo se escribe «pistoshot»? ¡No quisiera meter un gazapo en mi primer atestado!

—Junto o separado, según lo que quiera indicar —contestó Lewis, sirviendo «*whisky*»—. En el primer caso se refiere al alcance del arma, y en el segundo significa pistoletazo.

Rock pareció sorprendido por la habilísima aclaración. Releyendo el informe que estaba haciendo frente al culpable, habló con cándida simplicidad:

—Creo que está algo confuso. ¿Usted qué opina, amigo?

Y se tiró entre pecho y espalda una dosis de licor, servida con generosidad.

—Le ayudaré, si me lo permite —afirmó el gran canalla—. Mejor será que rehagamos el informe, y quedará bordado.

—No sabe cómo se lo agradezco —dijo Rock, suspirando—. ¡Tenga! Escriba lo que le parezca y luego lo pasaré a limpio. Mientras, voy a telefonar al cuartelillo.

El tal Lewis no lo sabía, por entonces: acaso no hubiera llegado a imaginárselo nunca.

Creía tener ante sí un ser poco inteligente, que hacía sus primeras armas en la Metropolitana. Un individuo joven y fácilmente manejable, al que le había hecho beber, ya, en acto de servicio.

Sin embargo, sucedía todo lo contrario.

Rock era uno de los hombres de más talento y astucia del F. B. I., y estaba facilitándole cuerda para que se ahorcase.

Lo que Disney pretendía, con aquella comedia, era obtener una muestra de la letra de su antagonista, y comprobar si era la misma que leyó, a modo de tarjetón fúnebre, en el cuerpo de un hombre que carecía de datos en el archivo antropométrico más extenso del mundo.

Si la letra del que mató a sangre fría a un cómplice, ante una

docena de testigos, era la misma que escribió «Por chivato», Lewis estaba listo.

Acaso un buen abogado le librase de la silla eléctrica, por homicidio «en defensa propia» frente a su casa.

¡Por su complicidad en la muerte de «Cáncamo», y del despojo hallado en la estatua de la Libertad, no le libraría nadie!

Fuera, y afortunadamente, el perro había dejado de ladrar.

VI



N señor, que trae un maletín y una máquina de retratar, desea verla. Se llama...

—¡No me digas cómo se llama! —atajó Belle—. ¡Cielos! Apostaría a que es mi hermano...

Rock no había visto nunca al familiar de su novia; al impertinente viajero y reporter del «Movietone», que andaba siempre de una a otra punta del ancho mundo. Al oír a la criadita negra y a Belle, se levantó de un salto de junto a la rubia.

—No es prudente que me vea, así, de sopetón —dijo—. Entrare en la alcoba, mientras que tú le recibes aquí, y le explicas el caso.

—¿Es que le tienes miedo? —preguntó la joven, riendo.

Plenamente feliz, y felina, ante la presencia del enamorado, en cierto modo jugueteaba con él; al estilo del gato que ha capturado a

un ratoncillo.

No le chocaba, en absoluto, que Rock sintiese respeto hacia el hombre que había retratado como el más valeroso y audaz del género humano.

—Verás... Lo que se dice miedo, no. Un poco de aprensión, tal vez. No te importa que me esconda, ¿verdad?

La bola de betún hizo un gesto de complicidad, y se dispuso a introducir al que esperaba en el vestíbulo, ojeando una revista.

Tampoco ella conocía al forastero, sempiterno corredor de mares y montañas, a caza de emociones y explorador de las entrañas de la tierra.

Bill Seward, con su cámara fotográfica, tan pronto se metía en un volcán como entre las fauces de un león.

Segundos más tarde, el hombre que llevaba el maletín y la cámara, apareció ante la solitaria joven.

Parecía un macaco, escapado de las jaulas del Zoo, y lucía su dentadura en una ancha sonrisa.

—¿Qué desea? —preguntó Belle, poniéndose a la defensiva.

No era su hermano.

—¡Ante todo, saludarla! —dijo el tipo, venciendo su timidez—. Soy representante de una casa que se dedica a fabricar cosméticos, y...

—¡Siga! —alentó Belle—. No suelo recibir vendedores ambulantes en mi casa, pero haré una excepción con usted. ¿Trae ahí los productos?

—Bien puede usted comprarlos en las tiendas, cuando quiera —contestó el tipo extraño—. Yo sólo soy un agente de publicidad.

Abrió el maletín, y de él empezó a sacar fajos de billetes.

Belle, atónita, tuvo que parpadear fuertemente para convencerse de que no dormía.

—¡Ya comprendo! —dijo la dinámica rubia—. Usted me da ese dinero, y yo debo asegurar que los productos que representa son mis preferidos. ¿No es así?

—¡Efectivamente, *miss*! Es usted tan inteligente como atractiva —siguió el tipo—. Me ha costado algún tiempo averiguar el domicilio de la heroína más célebre de estos últimos días. Ahora, si me lo permite, deseo sacar unas fotos tuyas, para la publicidad.

—Tome las que guste —indicó Belle, precipitándose hacia los

fajos de billetes.

Había allí una pequeña fortuna, y la joven hubiese llamado a voces a Rock; para mostrarle la fenomenal cantidad que les llegaba de golpe y porrazo.

Sin embargo, al ver que Disney seguía invisible, moderó su impulso, y preguntó al vejete:

—¿Listo? Saque alguna en traje de casa, y luego me pondré otros de calle. ¿Le parezco bien?

—¡Divina! —masculló el fotógrafo, atragantándose—. Vamos a hacer una campaña monstruo, aunque veo que no usa maquillaje alguno. ¡Realmente, los cosméticos no hacen sino malear el cutis y ajarlo!

Rock debía estar desternillándose de risa en su atisbadero. Nunca se le había ofrecido una oportunidad como aquélla, en su vida, y la estaba gozando en grande.

Claro que él no había dicho aún la última palabra en el asunto de la publicidad.

Por un momento, pensó que el macaco era el hombre célebre y temible; cuando era en realidad un heraldo de la suerte.

Poco le importaba que Belle luciese ante los ojos ávidos de la ciudad, y del mundo, pues como guapa era imposible encontrarle algún defecto.

¿Cuánto dinero habría en los fajos? ¡Lo menos cinco mil pavos, porque estaban en billetes de a diez dólares!

Toda la escena que se desarrollaba al exterior, en el saloncito de recibir, la veía a través de unas gasas y cendales.

Cuando Belle posase para el tipo, podría examinarlo más a fondo, e intervenir si exigía una llamativa «deshabillé» para su propaganda.

¡No faltaría más!

Pero el hombre era la estampa de la circunspección. Sacó un par de fotos de medio cuerpo, olvidando lo más escultural de Belle, y luego admitió que un cambio de indumentaria era aconsejable.

Dejaba la elección a gusto de la beneficiada, sin meterse en interioridades.

—Salga un momento —pidió la joven—. Mi alcoba es la habitación inmediata, y no tiene puertas, como ve.

—¡Lo que guste! Mi tiempo es suyo, y yo su más rendido

admirador —dijo el fotógrafo, recordando ciertas fórmulas versallescas—. La semana que viene aparecerán sus retratos en el «Collier», el «*Post*», y el «*Squire*».

Salió sin la menor oposición, y los dos novios se encontraron frente al montón de dinero.

Se trataba de una suma nada despreciable, y Rock se rascó la cabeza, pensativo.

—¿Crees que son falsos —susurró Belle—, o te molesta que salga en los periódicos?

—Me molesta que ganes en un día más que yo en todo un año de trabajo, y arriesgando la maldita piel —comentó el federal—. Es francamente depresivo. Ahora..., ¡tú dirás dónde te cambias de vestido, porque yo no puedo dejarme ver por el tipo que aguarda en el pasillo!

—Pasa al balcón y dedícate a contar automóviles —contestó Belle, a punto de encerrarlo por la parte de afuera—. Un minuto —prometió, a través de los visillos.

—Es preciso que me case inmediatamente —decidió el federal, al quedarse al margen de un modo tan singular.

Segundos más tarde volvió Belle, deslumbrante entre sedas, gasas y encajes.

Al parecer, su guardarropa no era tan exiguo como la joven lamentaba. Gran parte de aquellas prendas, costosas, serían regalo del trotamundos de su hermano.

—¿Te vas a presentar así ante el tipo? —preguntó Rock, al recuperar la libertad y el escondite anterior.

—¡No seas pazguato! Cinco mil dólares no se ganan todos los días... Si quieres te los doy, para que vayas echándole el ojo y la zarpa a cualquier apartamento.

La oferta era conmovedora, en su desinteresada sencillez, y Rock tragó bilis.

No podía hacer otra cosa que lo que hizo: volver a meterse en el fondo de la alcoba perfumada, y esperar a que el macaco siguiese disparando placas a granel.

Era su oficio, como el del federal disparar una, pistola, llegado el caso.

La segunda parte fue breve, por fortuna.

El hecho de no recrearse en las «poses» hizo cruzar la sombra de

una duda por el magín del federal, y a media hora de salir el fotógrafo estaba cavilando aún.

Belle tomó su actitud por enfado, y se apresuró a atestarle los bolsillos con fajos de billetes.

—¡Llévatelo todo! —dijo la «star girl»—. No hay nada que me interese en el mundo, sino tú. ¡Bueno! También mi hermano... —añadió, atacada por una cauta y repentina idea.

Era imposible mostrarse feroche, ante tal prueba de generosidad y de ciega devoción.

Rock se olvidó de sus sospechas —era humano, al fin—, y durante unos minutos sólo se oyó en el pequeño pisito un rumor de arrullo, cadencioso.

Al cabo, la sirvienta negra los volvió a la realidad, llevando la merienda y refrescos.

—El fotógrafo se dejó olvidado lo que leía en el «*hall*» —indicó la negra—. Es una revista magnífica, y...

—¡Déjala donde está! —aulló Rock.

Belle se echó hacia atrás, espantada.

—¿Qué demonios te ocurre? —preguntó, al cabo—. Lili es incapaz de tocar la menor cosa.

Disney estaba pensando a marchas forzadas.

Resultaba imposible que Cupido quisiese taponarle con su venda, porque algo se rebullía en su interior dándole aldabonazos.

Al fin terminó el yantar, y olvidando las lágrimas que aparecieron en los ojos de Belle, se marchó al Departamento. En un bolsillo llevaba la revista del fotógrafo.

—Aún no hay nada. Rock —dijo Mike Brogan, al verle—. El tal Lewis tiene una letra distinta a la del aviso de marras, y parece un hombre respetable. ¡Eso no impide que lo tengamos bajo vigilancia!

—Yo también lo tengo —contestó Disney, pensativo—, y todos los chivatos de la ciudad están pisándole los talones. Acaso el tercer grado lo madurase un poco, jefe.

—¡Acaso! —concedió el inspector—. Luego, le encontraríamos con un balazo en el cráneo, volveríamos a perder la pista. ¡No es por ahí Rock! En este asunto hay que tener una cautela infinita.

Rock sacó la revista que llevaba en el bolsillo y contó lo que había sucedido en casa de Belle.

Al entregar los billetes, para que fuesen analizados igualmente,

dejaba buena tarea al Departamento; siguiendo una de sus múltiples corazonadas.

—Puede ser cierto lo de la publicidad —aventuró Mike, pensativo—. Su novia se ha hecho muy popular, con lo del secuestro. ¡No será la última petición que reciba de la Prensa!

—Es que el tipo tenía verdadera ansiedad por marcharse —afirmó Rock—. Estoy seguro de que le bastaba con las primeras fotos sacadas de mi novia. Además...

—¿Qué? —preguntó el inspector—. ¡Hable claro!

—¡No quiero esos billetes! —dijo el federal, señalando los fajos—. Guardados aquí están seguros, y es posible que todo salga conforme dijo aquel engendro del demonio.

La duda se manifestaba con tanta claridad en la expresión del joven, que Erogan percibió la onda emocional.

También reconoció la nobleza y honradez del que desdeñaba una buena suma, y que había expuesto su vida varias veces en el transcurso de los últimos días.

—Poco cuesta esperar —dijo el federal jefe—. Si dentro de una semana salen esas fotografías, usted recuperará su dinero. Me temo que, de tanto andar entre malhechores, esté usted viendo fantasmones donde no hay sino gente con iniciativa comercial.

—¿Y usted me dice eso, jefe? —rechazó Rock—. Por mi parte, haría detener al tal Lewis, para apretarle las clavijas.

—¡Imposible! Una vez más, la Metropolitana se ha hecho cargo del caso. Según ellos, Ray pretendió asaltar una casa particular, y su propietario le disparó en defensa propia. Recuerde que estaba del otro lado de la verja, y que se encontró a «Seisdedos» empuñando otro cacharro.

—Yo estaba allí —recordó Rock—. A pesar de todo, se trata de un asesinato en primer grado, con todas las agravantes. Si Ray llevaba un arma, en la mano, era para defenderse contra los que estábamos en su seguimiento. ¡Lewis comprendió que iba a armar el escándalo, y se lo merendó!

—¡Coja al «Silenciador», entonces! —aconsejó Brogan—. Apréselo con pruebas suficientes, que permitan nuestra participación en el asunto.

Rock se marchaba ya del despacho, y volvió la cabeza.

Antes de cerrar la puerta, murmuró algo que dejó al inspector

Mike pensativo.

—Entonces... ¿por qué cree que entré en le casa, jefe? Si me hubiesen agredido, tendríamos un magnífico motivo para obrar.

Sus pasos, firmes y rotundos, se fueron debilitando, hasta desaparecer.

«¡Qué maravilloso elemento! —Se quedó meditando el inspector—. No le importaría perder la piel, por facilitamos un medio de intervenir».

Efectivamente, entre los factores que autorizan al

F. B. I.,

para controlar un caso criminal, figura el que se ataque a uno cualquiera de sus miembros.

Desde ese momento, la esfera de la influencia federal queda perfectamente delimitada.

Aquel truco no había dado resultado positivo tampoco. Todas las pistas se estrellaban ante un muro infranqueable, poderoso y firmísimo. Un hombre solo —aunque tuviese tras de sí la más formidable máquina policial del mundo— debía actuar en plan de lobo solitario, para mayor gloria y provecho de su organismo.

Rock se dirigió a su casa, y procedió a la caracterización que le convertía en un ser de los bajos fondos. Tenía allí suficientes harapos que ponerse, producto de sucesivas correrías en las que salió malparado.

Aquella vez, no obstante, añadió a los vestidos modestísimos, hechos jirones, algunos detalles que cambiaban el aspecto exterior de su fisonomía.

Acariciaba una idea, acaso fantástica y deleznable, pero estaba dispuesto a comprobarla.

Su cargo oficial y su propia identidad privada, constituían una incógnita para alguien muy poderoso.

Era lógico que el hombre a quien perseguía, el temible «Silenciador», deseara conocer quién era el misterioso joven que le enfrentaba, y pura ello pudo buscar la información de primera calidad que le ofrecía Belle Seward, la dinámica novia de Rock.

Un segundo secuestro, dirigido especialmente hacia la joven, era muy peligroso; porque Belle vivía en una casa con categoría de colmena, y en el barrio más poblado del Brooklyn.

No resultaba mal truco obtener una fotografía de la rubia, aun

pagando por ella la exorbitante cantidad de mil dólares, y...

Rock no podía esperar, tranquilamente, una semana, hasta comprobar si los anuncios aparecían en las revistas citadas.

Tomó el joven una de las motoras que conducen a Bedloe's,

sin la menor duda al buscar el embarcadero.

Mezclado entre una muchedumbre, se dejó mecer por las aguas de la bahía, rumbo al coloso de piedra.

Había allí varios cicerones a tal hora. De entre todos se llevaba la palma el viejo cascarrabias, que ganó la visible categoría entre sus competidores.

Acaparaba los grupos más numerosos, y entre sus clientes se deslizó Rock, dispuesto a oír otra vez sus explicaciones.

Apenas hablaba el guía del escultor francés, ni de las características de la estatua.

En lo alto del mirador, mostró el camino que siguiera Disney días atrás, jaleando la hazaña del joven hércules con palabras evocadoras de un romance.

Rock empezó a sentirse molesto.

Era absurdo permanecer con el viejo, cuando dio fin a su explicación, ni volver a oírle sumándose a otro de los grupos de visitantes; pues el federal había tomado sus medidas al salir de casa.

De una carpeta de cartón sacó unos pliegos de papel, y luego se puso a dibujar la perspectiva del brazo metálico hasta el remate de la antorcha. No lo hacía muy mal, porque tenía idea.

Media hora después, cuando el vejete se había embolsado un buen montón de dólares, oyó una voz crítica a su lado.

—A ese dibujo le falta algo, pollo.

Era el guía, al frente de otra remesa humana, quien le encaraba con aire doctoral.

Rock lanzó un gruñido, y siguió en su tarea, como si tal cosa.

No quería contestar al guía, para que no le identificase por el sonido de la voz, ni mirarle con los ojos acorados que sabían taladrar a sus interlocutores.

Adoptó un aire ausente, y siguió dibujando, porque no contaba con la contumacia del cascarrabias.

—Le falta la figura de un hombre que desciende por el brazo llevando un cadáver a las costillas —siguió el impenitente—. Yo lo

vi, señores, y podría jurarles que tiemblo cada vez que lo recuerdo. ¡Fué tan horrible y magnífico como una explosión atómica!

Luego se alejó, con la pandilla de seres ávidos de cazar emociones, que bebían materialmente sus palabras.

Por entretenerse, gastando el tiempo que debía perder en tanto que llegaba «su víctima». Rock se entretuvo en esbozar la silueta de Belle y el rostro que conocía de memoria.

No lo hizo de un modo perfecto, porque no era dibujante profesional; pero le dio cierto parecido.

La figura de una joven, ansiosa y llena de frenesí, completó el cuadro en el que un hombre descendía llevando consigo a la víctima.

—¡Bravo! —exclamó el guía, al subir con otros visitantes—. Así es como se desarrolló todo, en efecto. Y esa joven, la novia del valiente, estaba en una actitud parecida. Ahora mismo acaba de enseñarme un afortunado reportero su fotografía, y resulta que es la misma joven que fue secuestrada días atrás.

—¿Dónde está? —preguntó el federal, echando chispas por los ojos.

—Acaba de salir de aquí, con el grupo anterior —explicó el vejete—. ¡Dios mío! —añadió, sin transición—. ¡Es él! Usted es el hombre que rescató el cadáver al abismo...

Señalaba al dibujante, con un aire tan repleto de escalofríos que una señora se desmayó.

Un clérigo empezó a murmurar, en latín, algo que sonaba a absolución.

Rock no esperó un segundo más a ver en qué paraba todo aquello. Tiró el cartapacio y el dibujo, lanzándose a velocidad de vértigo por la rampa en espiral.

Llegó abajo en un tiempo récord, y luego corrió en embestida frenética hacia el embarcadero.

Iba murmurando, mientras galopaba:

—¡Qué imbécil he sido! ¡Un verdadero asno idiota!

Esperaba que el sondeo hecho al guía se desarrollase a su lado, donde el hombrecillo se expresaba en sus declaraciones.

Por el contrario, el que buscaba la pistola del federal se informó al terminar la visita, cientos de yardas más abajo del amplio mirador y a punto de disolverse del grupo.

¡Claro!

Retendría al charlatán unos segundos, luego de quedarse el último, y mientras le daba una propina extra.

El viejo podía esperar en lo alto del monumento, y recuperándose de su pasmo. ¡No se le escaparía de allí, a buen seguro!

En cambio, el astuto que había localizado a Rock, «enterándose de que era el novio de Belle», estaba a punto de embarcar en una de las motoras de regreso.

A aquél sí que le interesaba alcanzarlo para seguirle la pista. Era un enlace directo entre el misterioso «Silenciador» y sus turbios manejos más interesantes que el tipo que ostentaba un muestrario de arrugas en el rostro.

La carrera frenética tuvo el éxito que Rock esperaba. Por unas pulgadas, tomadas de ventaja a la mala suerte, pudo saltar a la motora que se alejaba de la isla, rumbo a la ciudad.

Disney atajó las recriminaciones del encargado del pasaje, farfullando algo sobre una cita que había recordado, de pronto.

Luego se lanzó a la tarea de buscar entre docenas de personas al «afortunado reportero».

Un individuo que viajaba solo era fácil de encontrar. La mayor parte de los visitantes comentaban entre sí sus impresiones, y siguiendo un proceso de eliminación. Rock tuvo cuatro sospechosos entre los que ocupaban la motora.

Pero... ¿quién de ellos era? No podía seguirlos a todos, partiéndose en fragmentos.

El Brooklyn quedaba a la derecha, con sus casas alzándose frente al espejo del agua.

Una niebla gris descendía de la parte del Hudson, y la lengua cenagosa del Este mostraba a lo lejos la panorámica acerada del puente Manhattan.

Los cuatro individuos aislados permanecían serios, con aire indescifrable, y la distancia entre la isla

Bedloe's

y tierra disminuía a pasos agigantados.

Rock se estrujaba el magín sin encontrar una solución satisfactoria, y su cerebro, fértil en recursos, desechaba una idea iras otra, por considerarlas impracticables.

Enfrentar uno por uno a los tipos, descubriendo su identidad, le daría buen resultado para sobrecoger al cómplice; pero el tal se encerraría en el mutismo y no valdría de nada detenerlo, aun poseyendo mandato judicial. ¡Aquel plan no valía!

Reunir la atención dispersa de los viajeros, diciendo que podía contarles algo nuevo sobre el escalador, e incluso identificarse como tal, atraería en el acto el interés del público. Aquel que no manifestase ganas de escucharle sería el sospechoso, eliminado a costa de perder el factor psicológico de la sorpresa.

¡Rock se hallaría en el mismo plan de inferioridad respecto a un resabiado, y decidió rechazar también aquella idea!

Ordenar al capitán de la nave que hiciese detener a los visitantes, conduciéndolos a la isla

Grosvenor's

con un pretexto cualquiera para tomar su filiación, tenía inconvenientes mayores que las ventajas.

Y había que hacer algo, rápido, porque ya se perfilaban las estructuras de los embarcaderos del maldito Pier A, repleto de nuevos curiosos que esperaban.

En aquella disyuntiva, Disney estuvo a punto de gritar el típico «¡Eureka!».

La última solución era buena, o no le encontraba el menor defecto, por el momento. Fue la que puso en práctica antes que abordase la motora.

Dirigiéndose al capitán de la navecilla, le mostró su carnet federal: nunca se apartaba de él, a no ser que preparase una excursión de incógnito a los bajos fondos.

—Necesito que me preste a tres de sus hombres, a quienes daré sendas gratificaciones —dijo—. He de seguir a esos cuatro —señalen discretamente—, y saber adónde se dirigen.

—Mi barca tiene que salir dentro de una hora —acondicionó el capitán—. Sólo puedo cederle los míos por ese plazo.

—Acaso los necesite más tiempo —dijo Rock, alargando un billete al marino de agua dulce—. ¡Se trata de un complot contra la seguridad del Estado!

—¡Bueno! Si es así, yo mismo podría ponerme a la tarea —murmuró el patrón de la barcaza—. Contrataré otros ayudantes entre la chusma del puerto, aunque no estén sindicados.

—¡Asumo toda la responsabilidad! —contestó Rock—. Que sus hombres lleven los informes al Departamento, y dinero, por si tienen, que tomar algún vehículo.

—¿Y si los apiolan? —preguntó el celoso navegante—. En ese caso...

—Morirán en acto de servicio —contestó Rock—. Sus familiares percibirán la paga, con aumento de categoría.

¿No le había dicho Brogan que no debía ser tacaño?

El federal estaba siguiendo instrucciones de su jefe. Lo mismo que había empleado a la caterva de soplones, iba a contratar hombres honrados.

Después de todo, es por esta clase de gente por la que se arriesga el

F. B. I.,

poniendo un parapeto de pechos frente a las mordeduras y embestidas del crimen.

Rock eligió al tipo de peor calaña entre los cuatro a espiar, y se pegó a sus pasos como la sombra al cuerpo. Se felicitó al ver que el individuo se apresuraba a ponerse en pie y dirigirse hacia el punto de salida de la motora.

¡Tenía prisa! No era por matar el tiempo por lo que había ido a la isla

Bedloe's.

VII



E detuvo el hombre ante un palacio de singular prestancia, que destacaba entre los de la Quinta Avenida con fulgor propio. Sacó un llavín y entró en la propiedad.

Rock abandonó su persecución, dispuesto a telefonar al F. B. I., desde un bar que estuviera en consonancia con sus vestidos. No era cosa de penetrar en una lujosa «*boîte*» con las prendas ajadas, maltrechas, que eligió como disfraz. Allí, junto a los elegantes, desentonabas como un cuervo entre palomas.

Era necesario averiguar quién era el propietario de la lujosa mansión.

El federal caminaba con el desparpajo del hombre de quién se había constituido en espía, y que no volvió ni una sola vez la vista atrás en el trayecto desde el «subway».

Acaso se le contagió la despreocupación del tipo, y por una vez se olvidó de su natural cautela ante la seguridad que irradiaba el perseguido.

Fué un error, y había de pagarlo. Tres hombres avanzaban hacia él, convergentes y dispuestos a cortarle el paso.

Rock lanzó una exclamación de genuina sorpresa, porque el caso era verdaderamente extraordinario.

—¡Rayos! Los otros tres solitarios de la barcaza...

No había pensado en una cosa tan sencilla como elemental. Los que avanzaban eran los guardaespaldas del que acudió a llevar informes al poderoso, y venían en su busca y captura.

La maligna inteligencia no desestimó aquella vez el cerebro del solitario enemigo.

¡Se perfilaba un crimen en el populoso Manhattan, a plena luz y en medio del tráfico callejero! A un paso de la guarida del hombre que Rock llamaba «el Silenciador».

Uno de los tipos, el que avanzaba en vanguardia contra el agente, mantenía la mano derecha en el bolsillo de la americana.

Rock hizo un regate al tiro que surgía ya, y se abalanzó en busca del «killer» en alucinante embestida.

Apenas sonó la detonación, otras dos puntearon el camino en sesgo del federal.

Luego, el hombre que disparó primero fue cogido por las manos del audaz, que le enfrentaba, y giró en sus poderosos brazos como un muñeco. Dio un pavoroso grito, al ser proyectado con violencia hasta su cómplice más inmediato.

Despreciando a ambos. Rock se arrojó sobre el tercer miembro de la pandilla.

Esperaba acabar con él, pero su ataque fue frenado por una mordedura cálida, que pegó centra un hueso con dedo de plomo.

Disney sintió la angustia precursora del colapso. Quedó girando, a efectos del dolor lacerante e inaguantable.

La boca de una pistola adquirió perspectivas de túnel, de camino hacia la muerte.

Sombras confusas empezaron a danzar ante él, y esperó nuevos

golpes de la fatalidad cuando estaba tan cerca del éxito final.

Los disparos surgieron, pero no dirigidos contra él. Olvidó que tenía sus «aliados», y se apoyó en una pared, mientras que los transeúntes pacíficos huían en todas direcciones.

¡Amigos, sí! Se trataba de los tres individuos a quienes pagó por seguir a los malhechores. No habían desertado del cumplimiento del deber y se disponían a ganar dignamente su paga, o la muerte.

Acaso la temeridad y el brío de su momentáneo alquilador los había electrizado.

Sin embargo, carecían de armas de fuego frente a la canalla. Por eso fue doblemente admirable su rasgo, que daba unos segundos de tiempo al federal para reponerse.

Rock no podía ver inmolarse a tres hombres honrados, alejados por su profesión del contacto del odio y de la violencia.

Sacó su pistola, y apuntó fríamente a las piernas del malhechor que se disponía a sembrar balazos a voleo.

Una serie de sombras, anticipo del desmayo, danzaban ante la mira de su arma, y ponían temblor senil en el pulso del valiente, que disparó.

El asesino cayó al suelo, girando en torbellino. Tres seres encolerizados, frenéticos, se arrojaron sobre él a una, y olvidaron sus costumbres pacifistas.

Los otros dos criminales, neutralizados momentáneamente, volvían a la carga.

Sus pistolas entonaron un canto de represalia, y uno de los colaboradores de Rock quedó fuera de combate, al converger en su cuerpo la puntería de dos homicidas.

Frenético, Rock disparó una vez más.

Lo hizo sin tener en cuenta consignas humanitarias, aprendidas en el

F. B. I.,

y una bala se alejó mortal en el pecho de uno de los maleantes.

El otro enfiló, decidido, su pistola.

Las armas vomitaron fuego a la vez, y el federal se tambaleó nuevamente. El enemigo que le hizo cara cayó al asfalto, con el cráneo atravesado por un pistoletazo.

Durante los cinco minutos siguientes. Rock hizo varias cosas, pese al dolor y a la angustia.

Ordenó detener un automóvil para transportar al marinero herido.

Luego, encargando a los otros que esperasen para secundar a la Policía que llegaba, se dirigió en el mismo coche al hospital.

Necesitaba sacarse las balas que le producían la impresión de un chacal, famélico, arrebatándole con garras y colmillos la vida.

—Esto pasará pronto, muchacho —dijo al amigo, relegando su propio sufrimiento.

Al pensar que un hombre honrado podía morir por su culpa, la ansiedad que le invadía, tomaba características de daño irrebasable como un cáncer que estuviera mordiéndole a la vez el cuerpo y el alma.

La clínica del Bellevue estaba cerca, de cara a la mancha verdinegra del río.

En el quirófano Rock se preocupó más del estado de su infortunado colaborador que de él mismo, aunque espesos celajes le iban cortando la visión de las cosas.

Cuando oyó al doctor Forshyte que el marinero se salvaría con unas inyecciones de plasma, respiró tranquilo y se dispuso a ser curado.

—¡Un teléfono! —pidió—. Me hace muchísima falta.

Le atendieron, creyendo que deliraba, y con palabras entre las que se deslizaba el vértigo, del delirio habló a Mike Brogan de sus indagaciones, confiándole la dirección y vigilancia del hombre poderoso que no se detenía ante la muerte.

El

F. B. I.

tenía ya un motivo plausible para intervenir, al fin.

Rock no estaba tan grave como él mismo creía. La herida era más dolorosa que perjudicial, y al ser arrancada la bala que comprimía un centro nervioso, llegó una impresión de paz infinita, suprema.

¡El peligro había pasado, una vez más, limitándose a dar simples dentelladas!

Aquella noche, en el hospital, Disney recibió la visita de Belle y del inspector.

No le faltaron cuántos cuidados puede proporcionar la ciencia, y un par de días más tarde estaba en condiciones de continuar su

peligrosa labor en defensa de la sociedad.

—No vamos a mover nada —le había dicho el jefe de la brigada—. Nos limitamos a vigilar de cerca al individuo..., y adivinó una cosa.

—Es el propietario de la finca donde se dio muerte a «Cáncamo» —vaticinó el federal.

—¡En efecto! —confirmó Brogan—. Se trata de un verdadero procer, y en Washington han ordenado proceder con mucho tacto. De cometer una imprudencia, recibiríamos quejas diplomáticas de cierta nación del Sur. Es aconsejable la cautela, acaso más que nunca.

—No olvide que estoy obrando en plan de particular —recordó Disney—. Cuando salga de aquí, debo hacer una visita a ese infame. Voy a identificarle por la voz.

Se desconoce gran parte de las tareas policíacas, sobre todo aquella, ingrata, que debe arrostrar cuando sus pasos son frenados por las altas esferas.

Allí tenía Rock una prueba más del poder del dinero, que obliga a las autoridades a quedar mediatizadas por ciertas presiones de tipo económico o político.

El federal, para su desgracia, había ido a tropezar con uno de tales acantilados inconmovibles, frente a los cuales suele darse carpetazo a un asunto y dejar que el expediente sea cubierto por el polvo o las telarañas.

Disney no estaba dispuesto a renunciar a la caza del poderoso, aunque ello llevase implícita una sanción en su carrera.

El hombre que había matado varios seres humanos por sí o valiéndose de esbirros, y que se atrincheraba detrás de millones e influencias, no podía seguir viviendo libre y poderoso, feliz.

Era preciso acosarlo en su cubil y echarle humo a la cara para que saliese de la madriguera. Sería una epopeya de valor y astucia conjugados, y acaso la última empresa del joven a las órdenes del F. B. I.

Al leer las noticias de Prensa aquella tarde, Rock sufrió un feroz espeluzno.

En primera página, bajo el retrato que recordaba el parche arrugado de un tambor, encontró el pie de imprenta que anunciaba la muerte de Jasper Draft.

Se decía que el individuo, afectado por una baja en las finanzas, se había quitado la vida.

—No hay tal suicidio —denegó Rock—, sino otro asesinato. He de darme prisa, o «el Silenciador» acabará, uno por uno, con todos sus cómplices sin dejarme meter baza.

«Los muertos no hablan». Aquél debía ser el lema del archicriminal y multiasesino.

VIII



ADA podía agradar a Belle tanto como acudir a una fiesta, y eso fue lo que el federal la propuso al salir del sanatorio.

La joven se vistió sus mejores galas, y acudió a los lujosos salones del Waldorf. Allí vio hartas muestras de lo que suponen el lujo y la riqueza.

No bailó, empero, aunque le hubiera gustado deslizarse en brazos de Rock por las relucientes losas de mármol, que eran en aquella ocasión la cuadrícula de un gigantesco ajedrez.

Dos voluntades iban a verse frente a frente, y ella era la reina blanca, dispuesta a servir una jugada maestra al bando propio.

Rock, solitario y casi inmóvil, se sabía acosado por los peones y torres, caballos y alfiles, del contrario.

Con una bandeja como recipiente de monedas, Belle empezó la postulación a favor del fin benéfico que justificaba aquel despliegue de luz, de champán y de tumultuosa alegría.

Nadie conocía a la joven, pero su encanto y dinamismo eran la mejor carta de presentación.

Con palabra cálida y emocionada, fue aumentando el total de lo recaudado; mientras que otras damitas, encargadas del mismo papel, languidecían como estrellas de tercera magnitud.

La joven se acercó a un caballero de pelo blanco, y aire respetable, que se hallaba charlando con la esposa de un ministro y otras personalidades.

Belle hizo una graciosa reverencia, y con voz musical repitió su dulcísima petición:

—Para las víctimas de la revolución en Cuba, señores. ¡Un poco de los que lo tienen todo para los que nada poseen!

Cierto embajador formaba parte de la reunión en torno al anciano procer, que parecía aunar la nobleza del aristócrata y el máximo de benignidad que pueda encontrarse en el mundo.

—Le daré un cheque, señorita —dijo—. ¡Es lo menos que podemos hacer por esos infelices! ¿No lo cree así, míster Parks?

Y tiró de estilográfica, extendiendo un talón por una cifra seguida de tres ceros.

—No podía esperar menos de su magnanimidad, señor —dijo Belle, luciendo la más encantadora de sus sonrisas—. ¡La nación inglesa está hablando por su boca!

Míster Parks no podía negarse, ni pretendió hacerlo.

Firmó otro talón, y se lo entregó a la joven con una sonrisa llena de campechanería..., ¡sabiendo que acababa de caer en una trampa mortal!

Rock, que asistía a la escena desde lejos, se acercó entonces; apoyando la pierna herida en un bastón.

El embajador captó el gesto de Belle, y murmurando unas frases amables, se alejó del grupo. A poco, la esposa del ministro se alejaba también, llevando del brazo a una amiga que no estaba en el secreto.

—¿Me permite sentarme, míster Parks? —preguntó Disney al solitario.

El anciano se levantó, efusivo y cordial, acercándose al hombre

que aguardaba su respuesta.

—¿Quiere que le ayude? —dijo—. Puede usar el asiento con toda libertad, porque yo voy a retirarme también.

—¡Oh, no! —replicó Rock, sonriendo—. Siga junto a mí, aunque sólo sea un momento. ¿No deseaba usted verme y saber quién soy? ¡Pues aquí me tiene!

Una ceja se arqueó en el rostro del magnate, cambiando el matiz de la sonrisa.

—Ni admito órdenes ni siento curiosidad acerca de su persona —dijo—. Usted debe estar equivocado...

Las canas se convirtieron en hielo, que frenaba cualquier intento de conversación.

—Espere... —dijo Rock—. Acaba usted de firmar un cheque por una gran cantidad, que no llegará a cobrarse nunca: va a formar parte del sumario que se está incoando ya por la muerte de varios hombres. Jasper Draft es el último de una lista interminable que engrosaron el chivato que ordenó usted colgar en la estatua de la Libertad, «Cáncamo», y el Infeliz «Seisdedos».

—¡Usted ha bebido! —acusó el anciano, sin mostrar pánico ni nerviosismo—. Perdone si...

—Perdone si las armas consignadas rumbo al Caribe no llegan a su destino —siguió el federal, imperturbable—. Acaban de ser incautadas, en su finca de las Palissades, hace unos minutos.

El anciano acusó el golpe aquella vez.

No obstante, supo reponerse con maravillosa entereza, y llegó incluso a esbozar un pequeño bostezo. Tal era su habilidad para la ficción.

Rock contempló cara a cara al más magnífico actor de todos los tiempos, a un hipócrita que hubiese podido dar lecciones al propio Tartufo.

—La juventud posee una fogosa imaginación —dijo el procer, al levantarse—. Dispense: el aire de la terraza me hace mucho bien. ¡Allí podré seguir oyendo sus originales palabras!

—¡Llame a un policía y hágame detener!, —pidió Rock, siguiéndole—. Fundé una sociedad de soplonos, repugnándome incluso su contacto, y el de usted debo mantenerlo, aunque me desagrada mucho más. Usted no es cubano, ni siquiera patriota. Usted es un negociante sin escrúpulos, atacado por la soberbia del

dinero y preso en las redes de la avaricia. Usted es un desdichado, que penetrará, Dios mediante, en la celda de ejecución de Sing-Sing.

Usted...

—Usted es un parlanchín, y yo enemigo mortal de los que hablan —contestó el respetable anciano.

Los dos hombres habían salido del local donde se celebraba la fiesta y en el que bullían centenares de seres felices.

Nada parecía afectar al poderoso, y menos el hombre que debía seguirle, renqueando, apoyado en un bastón.

Al cruzar la gran puerta vidriera que daba al exterior. Rock dejó de hablar, y no se le habían agotado los argumentos contra el ser que parecía la estampa de la tolerancia.

Una venda cloroformizada le cortó el resuello, y dos brazos poderosos inmovilizaron al que arrojaba humo a las fauces de la fiera.

—Al coche, Lewis —siseó el viejo—. Si alguien te pregunta, di que el infeliz está ebrio y que le llevamos a su casa.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó la voz de un asesino.

—Al refugio secreto: sospecho que las demás fincas están en manos de la Policía a estas horas.

Es sencillísimo raptar a un hombre. Debatiéndose apenas, Rock tuvo una magnífica oportunidad de comprobarlo.

En realidad, su fortaleza hercúlea debía estar harto debilitada por la reciente pérdida de sangre, porque apenas opuso resistencia a ser embarcado rumbo a la muerte.

A poco, un poderoso automóvil cruzaba frente a la masa verde de Central Park. El edificio del

F. B. I.,

quedó atrás, perdido en la oscuridad de la noche, como algo simbólico.

El poderoso automóvil fue aumentando su velocidad. Un acelerador lanzaba multitud de caballos a una galopada frenética, y el chófer silencioso supo emboscarlos por la rampa suavísima del Túnel Washington.

Minutos más tarde el coche tuvo que detenerse para investigación de una patrulla policíaca.

Había entre los agentes de guardia un federal, que miró a Rock

con auténtica ansiedad. Disney no dijo nada, ni siquiera hizo una seña.

Lewis explicó que el joven estaba ligeramente enfermo, y luego el coche siguió su marcha veloz, incrementada por la casi total ausencia de vehículos en la ruta elegida.

Rock perdió la noción del tiempo desde su salida del Waldorf Astoria. Respecto al sentido de marcha, podía afirmar que se hallaban en el Estado de Jersey; pero ignoraba si marchaban hacia la parte del mar o tierra adentro.

Su acompañante no se cuidaba de orientarle, ni tampoco el anciano, que estaba semi adormecido en su asiento.

Allí no había palabras explicativas ni aleccionadoras, sino un silencio prieto de amenazas, en hostilidad asesina.

Al cabo, Rock sintió la caricia del aire vivificante. Pudo hacer resistencia, y no lo intentó.

Por fin iba a aclarar el gran misterio: el de la auténtica y germina labor de su adversario.

Hasta entonces, y Erogan se lo había hecho constar, no había pruebas tangibles, de esas que estremecen a un jurado y le hacen unificarse en el veredicto de culpabilidad.

El que mató a otros y convirtió sus fincas en escenario de diversos delitos, podía justificarse diciendo que otros abusaron de su buena fe, de su candidez y de su edad.

Nadie hubiera podido acusarle por la muerte de los que habían sido silenciados por otros cómplices sin relación directa con él.

Ahora, por única y última vez, actuaba por sí mismo..., y era el federal la prueba viva de una felonía. Una prueba cuyos minutos estaban contados; un hombre que, al menor movimiento hostil, hubiese recibido íntegro todo un cargador de balas.

«El Silenciador» iba a cerrar la boca definitivamente al que alzó una voluntad frente a la suya.

El coche se adentró por un paseo de gravilla en dirección a una casa que se alzaba, silenciosa y oscura, como un fantasma.

No había una luz que el federal pudiera parangonar con una pupila maligna ni un rumor que recordase siseos de conspiración.

El edificio se alzaba y parecía crecer, al avance del vehículo, como un engendro de la noche, tan quieta y callada como una tumba.

Rock sabía que a una distancia de varias millas no había otro federal sino él, y que no podía contar con la más mínima ayuda.

El coche se detuvo ante la casa, y descendió el viejo.

Lewis siguió haciendo la presión del arma en el costado del policía.

—Aquí no van a matarme —dijo el cautivo—. Ensuciarían esta magnífica carrocería...

Oyó una risa siniestra, pero que suavizó la tensión al romper el silencio.

El acompañante del federal no observaba la regla del mutismo que seguía su amo con ciego tesón.

—Valiente cosa; unos cuantos de cientos de dólares —murmuró el oficiante de la muerte—. Nuestro jefe perderá miles en las fincas que piensa abandonar, pero eso no le afecta...

—¡Claro! —objetó Rock, incorporándose un tanto—. Tendrá millones repartidos por todo el mundo. Acaso situados en un Banco de Suiza, el país que es garantía de paz.

—Es uno de los socios de B. Z., el fabricante de guerras —admitió el charlatán—. Dispensa: voy a aligerarte de peso...

Rock tenía una pistola en el bolsillo del pantalón. No podía esgrimirla en aquel momento, ni le interesaba. Así, se dejó desarmar sin oponer la menor resistencia.

—Ahora estoy más cómodo... —dijo—. ¡Gracias!

—¿Sabes que tienes agallas, muchacho? —exclamó el pistolero—. Lástima que no seas de los nuestros. ¡Y pensar que llegué a confundirte con un pipiólo!

—Tú me gustas —indicó Disney—. Al menos, pareces humano. ¿Cuántos has pasaportado a las órdenes de tu jefe?

—Acaso una docena —contestó el monstruo, riendo—. Ahora nos iremos a atizar el rescoldo a Orienté medio, y luego a Corea. ¡Esto no se acaba nunca!

El chófer no hablaba. Rock advirtió que era negro, por la luz que provenía del salpicadero, pero se mantenía tan quieto y reservado como la esfinge. Con aquel hombre no valían conatos ni sondeos: era menos expresivo que una piedra.

Y un buen mecánico también. Rock tuvo la prueba al aparecer el anciano —llevando un pequeño maletín— y volver a sentarse en el coche, esta vez al lado del volante.

El lujoso Cadillac continuó la marcha, adentrándose más y más en la finca.

Al fin se detuvieron junto a un cobertizo, y Rock presenció algo muy curioso.

Hubiera jurado que era leña, o herramientas, lo que se acumulaba allí, porque una serie de troncos sin cortar y aperos de labranza se veían a la pálida luz de la luna.

Sin embargo, bastó que el mecánico oprimiese un botón para que la techumbre se articulase fuera de su sitio, dejando al descubierto un helicóptero.

Parecía un gran insecto, de élitros brillantes.

—Fuera —ordenó Lewis, silencioso hasta entonces—. ¡Vamos a pasear por el aire!

—Te he dicho varias veces que hablas demasiado, Lewis —dijo el anciano míster Parks—. Nuestro huésped es bastante inteligente para saber que vamos a volar.

—¡Sí! Justo hasta la estatua de la Libertad, para dejarme allí colgado y patitieso —concedió el federal.

—No es ése mi plan, por ahora —contestó el maléfico viejo, y luego rezongó algo entre dientes.

Al parecer, el contacto con charlatanes le estaba soltando la lengua, contra su gusto.

Rock caminó sin ayuda hacia el aparato. No mostró animosidad alguna, y parecía un miembro de la pandilla en vez de su más ahincado enemigo.

El paseo a la escasa luz de los astros tenía el carácter de una pesadilla.

El negro había gateado ya hasta su puesto y Rock se acomodó detrás, donde le señaló una mano que parecía tallada en ébano.

Luego, el viejo subió, tras de arrojar el maletín, y Lewis se dispuso a ocupar un sitio cualquiera en el vehículo del aire.

Entonces se oyó una voz apagada, desprovista de entonación, e incluso de dureza:

—Somos muchos ya, Lewis. Tú has de quedarte en tierra.

Y sonó un pistoletazo.

El charlatán cayó hacia atrás, como si hubiera recibido un mazazo en pleno rostro.

El anciano cerró la portezuela, y el aparato se elevó, soltando un

huracán de aire y de gases sobre un cadáver.

—Así terminarás tú también, bola de betún —dijo Rock, pretendiendo ganarse las simpatías del negro.

—Es sordomudo —informó míster Parks—. El servidor más ideal para mi gusto.

El autogiro estaba volando ya en dirección al mar.

A lo lejos podía verse el camino de plata que trazaba la luna en cabrilleo sobre las olas. Nueva York, a lo lejos y a la izquierda, parecía una constelación radiante, formada por millones de soles. Una nebulosa.

—Pues es verdad que no vamos hacia la bahía —dijo Rock—. ¿Es que no piensa matarme?

—No, hasta que estemos a bordo de mi yate, fuera de las aguas jurisdiccionales americanas —contestó el malvado viejo—. Será mi salvaguarda hasta entonces, y luego... ¡el castigo que le preparo formará una leyenda!

Desarmado, a miles de pies sobre la tierra, una resistencia parecía imposible. Rock suponía que el negro estaba armado también, pues ello entraba dentro de la lógica.

El federal hizo algo extraordinario en tales circunstancias: se puso a silbar una tonadilla muy en boga, que hacía furor en el Broadway.

¿Era su último saludo a Belle, la bien amada?

Lo cierto es que se retrepó en el asiento, como disponiéndose a quedar dormido.

El helicóptero iba tragando millas, y estaban ya muy cerca de la línea de rompientes de la costa.

—¡Estese quieto! —refunfuñó Parks—. Puedo alojarle un balazo en el cráneo si se pone molesto.

—Lo suponía —masculló Rock—. Y en caso de zaragata, el negro hará cabecear el aparato hasta que perdamos el equilibrio. Tal vez haya gases aquí también...

No le faltaban ideas, pero siguió con la suya.

Al cabo, y como viera que cierta dificultad de tacto con las punteras le iba a poner en un brete, se inclinó hacia el zapato izquierdo y procedió a quitárselo.

El ojo de una pistola seguía impávido todos sus movimientos, apuntándole al entrecejo.

—¿Qué demonios hace? —exclamó el «boss», ceñudo.

—Verá... Tengo aquí, en el tacón del zapato, dos clases de líquidos, separados por, un débil tabique. Con ellos puedo encender fuego en un momento determinado, y producir un incendio en el autogiro. ¡No voy a consentir que lleguemos a ese yate!

—¡Suelte eso! —renegó el criminal—. Tire el zapato inmediatamente.

Rock lo tiró, sin soltarlo de la mano.

Asestó un formidable golpe al brazo armado, y desvió el tiro que salía del arma.

No pudo evitar que el rasponazo de plomo le dejara un surco candente en el muslo, y luego se desarrolló en el interior del autogiro algo así como un torbellino.

El negro se dio cuenta de que sucedía algo extraño. Lo percibió unos segundos tarde, cuando ya su amo había recibido en la sesera el más colosal puntapié que puede dar un zapato descalzado.

Se volvió, frenético, para encontrarse encañonado por un arma de fuego.

¡La pistola de míster Parks estaba apuntándole a él, al hombre fiel y sumiso por excelencia!

Del temible «boss» no quedaba sino un ser doliente, que intentaba achicarse más y más ante la furia del que renacía en plan de coloso luchador.

Dos hombres llenos de fuerza y destreza, acentuadas por la desesperación, se lanzaron a un duelo alucinante sobre el aire.

El negro era un tipo forzado, de inteligencia primaria, y jamás enfrentó Rock tan fenomenal oponente.

Empero, los golpes asestados por el joven eran sabios a la par, y poco a poco fue viendo frenadas sus energías ante sucesivos impactos en los centros neurálgicos, vitales.

El autogiro cabeceaba, perdida la dirección. Daba tumbos escalofrantes en el aire, amenazando estrellarse al entrar en barrena.

El protoasesino, al ver su vida en peligro, se lanzó como pudo a nivelar los mandos del aparato para dirigirlo en la dirección conveniente hacía alta mar.

Dejó de combatir contra Rock para luchar contra la muerte, su aliada de siempre.

El negro dejó oír un resuello estertoroso al quedar en precaria situación frente a Rock.

La mano derecha del federal, convertida en hacha, descargó toda la potencia de su filo sobre las vértebras cervicales del gladiador mudo, y la cabeza del negro quedó torcida en un ángulo absurdo.

—Creo que lo he matado —murmuró Disney, y se vio frente a las pupilas malditas del poderoso—. Ahora, a casa —pidió, rubricando la petición con el cañón de un arma de fuego.

—¡Nunca! Sería lo último para mí.

—Eso quería decir, estúpido —retrucó el federal, apuntando a unas canas manchadas de sangre.

Y golpeó con la pistola el rostro patriarcal, la respetable máscara del crimen.

Luego apartó al inconsciente del asiento delantero, y se puso a conducir.

La cancioncilla que había empezado antes volvió a surgir de sus labios.

EPÍLOGO

—Era elemental, querida. ¡Ese hombre tenía demasiado miedo a morir, y fracasó!

—¿Por qué? —preguntó Selle.

—Por varias razones. En primer lugar, ya no es nada joven; en segundo, demasiado rico, y...

—¿Hay alguna otra explicación? —dijo la rubita, reclinándose amorosamente en el lado sano del federal: contra su corazón.

Paseaban ambos por la playa de Long Island, en traje de baño y en un crepúsculo de oro. Rock, estirando de un modo felino su poderosa musculatura, contestó, al cabo de un rato:

—¡Está la tercera y definitiva! Previendo un fracaso parecido alguna vez, se hizo realizar una curiosa amputación cerebral. ¡Es lo más hábil que he visto en mi vida!

El federal se extendió en lo que recordaba una conferencia sobre neuronas y fibras conductores, dendritas y cilindroejes, receptores y descargas sensoriales.

Habló acudiendo a ejemplos que eran a modo de ilustraciones para mentes infantiles. Pero viral final oyó una pregunta que le hizo considerar bien empleado un cuarto de hora de charla.

—¿Quieres decir que, mediante una operación, pretendía hacerse pasar por loco? —musitó Selle, parpadeando.

—¡Sí! Pero lo más curioso es que atascó tanto la pila cerebral, que se volvió de veras antes de ser apresado. Se va a demostrar ahora que míster Parks no es el candidato ideal para sentarse en la silla eléctrica, y sí en un plácido manicomio. ¡Acaso el golpe que le di en la sesera rompió el débil puente que separa la razón y la insania!

Los chicuelos retozaban aún que era un gusto, demasiado para la pareja, que buscaba un mínimo de soledad potable. Dirigiéndose hacia la punta más alejada de la playa, los enamorados hicieron

oposiciones a perder el último autobús.

—¿Eres encantador! —murmuró *miss Seward*—. Ahora, con el ascenso, podremos casarnos.

—¿Eh? ¡Ahí sí! ¡Claro que sí! —concedió, entusiasta—. Aunque tendremos que esperar a que vuelva tu hermano.

—¿Qué hermano? —preguntó Belle, candorosa.

—¡Pues Bill, el trotamundos! Creo que se enojaría conmigo si no le invitamos a la boda.

La respuesta de su novio le hizo tambalear. Acaso no estaba perfectamente curado de la última lesión en el muslo.

—¡Yo no tengo ningún hermano! —dijo ella.

—¿Ha muerto?

—Nunca existió. Fué un truco empleado por mí para alejar a posibles moscardones.

—Pero... ¡si lo describías con toda clase de pelos y señales! ¡Si llegaste a enseñarme cartas tuyas, fechadas en los más lejanos y disparatados logares del mundo!

—La descripción de sus virtudes era la de las tuyas, memo —replicó Belle—. Lo que pasa es que eres muy modesto y nunca te veías retratado por mis palabras.

Rock se pasó una mano por la frente, acusando el golpe.

Luego, su rostro juvenil y simpático se distendió en una mueca de picardía.

—Entonces... no podremos casarnos en algún tiempo. Tenemos que guardar un prudente luto en memoria del que perdió la vida defendiendo a su hermana.

—¿Tú crees? —preguntó Belle, acercándose al audaz.

Al cabo de unos minutos. Rock Disney jadeaba. Sacudió la cabeza, porque empezaba a verlo todo rojo, y repuso:

—No. ¡Creo que no esperaré! Vamos a vestirnos, nena.

FIN

COLECCIONES DE

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

RECORTABLES

WALT DISNEY

a 0,50 y 1 pta.

FORT WINCHESTER

CONSTRUCCION

de DOCE láminas

a todo color

15 ptas.

F. B. I. ; LA COLECCION SIN RIVAL !

NOTAS

[1] Cuatro billetes a mitad de precio, suman exactamente lo que dos para adultos, sin rebaja. Tal vez los niños gozasen de un descuento especial, por formar parte de una familia numerosa. (N. del T.).

< <

[2] Alphonse Capone, alias «Scarface», encargó a un constructor automovilista de Detroit varios vehículos especiales «capaces de resistir la explosión de un cartucho de dinamita». Tal decisión fue tomada en el año 1924, a raíz de un atentado contra el lamoso «gángster», dirigido por Dion

O'Bannion

y los seis hermanos Genna. El coche a que se refiere el autor puede ser uno de los varios que hizo construir el jefe de la Unión Siciliana y «Rey del Crimen». (Nota del Traductor.). < <

[3] Según las disposiciones legales que defienden la integridad y los derechos del pueblo americano, sin presentar el cuerpo del delito no hay víctima ni crimen. (N. del T.). < <